

BOLSIBROS BALGUERA

PUNTO

ROJO

UNTAR PAN EN LA TRIPA DEL MUERTO

Silver Kane

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

UNTAR PAN EN LA TRIPA DEL MUERTO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 843
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 15.407 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: junio, 1978

© Silver Kane - 1978

texto



cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

CAPÍTULO PRIMERO

LAS DELICIAS DE LA PRIMAVERA ROMANA

Leone abrió las enormes puertas acristaladas de la *loggia*, y contempló la terraza del ático en que su padre, uno de los más ricos industriales de Roma, había gastado una fortuna en construir.

La terraza parecía estar materialmente colgada sobre la Via della Conciliazione, y desde ella se divisaba a la perfección la ancha calle que lleva en línea recta a la Piazza de San Pietro, encerrada en el anillo mágico de la columnata Bernini y rematada por la cúpula de Miguel Ángel. A la derecha se distinguía la mole redonda del castillo de Santángelo, que parecía aplastar el Tiber, y que se encaraba, al otro lado de éste, a la vieja Roma burguesa del novecientos, con sus vetustas casas ya medio derruidas. Más allá, por encima de las copas de los árboles de Villa Borghese, se distinguían las moles de las nuevas construcciones para vecinos, auténticas colmenas humanas, donde daba asco vivir, y donde uno no podía tocar el culo a su mujer, sin que el inquilino del lado se enterara. Un aburrimiento.

Pero nada de aquello tenía importancia para Leone que, desde la *loggia*, podía contemplar toda la fascinante belleza de Roma y, en cambio, podía permitirse el lujo de ignorar su crisis y hasta su miseria. Desnudo completamente como estaba —pues allí nadie podía verle— pisó el césped de la terraza, y se dirigió al borde de la piscina, cuyas aguas transparentes y tibias eran una invitación. Estirando su cuerpo, delgado y musculoso, de hombre que sabe cuidarse, Leone aspiró con toda la fuerza de sus pulmones el delicioso aire de la primavera romana.

Las campanadas de Trinitá dei Monti llegaron entonces hasta él.

Eran unas campanadas alegres y solemnes a la vez, rápidas, vivaces, donde parecía resumirse toda la majestad, y al mismo tiempo, toda la pillería de Roma.

Pero maldito si Leone pensó en cosas tan poéticas como ésas. La verdad era que tenía cosas más tangibles y reales en qué pensar. Volviendo sobre sus pasos, penetró en el lujoso ático que estaba adornado con auténticos cuadros de Ticiano, y con platería de Cellini, y corrió, con un enérgico movimiento de ambos brazos, las puertas del dormitorio.

Las dos coristas estaban allí. Aún dormitaban en la ancha cama que, pocas horas antes, durante la noche, había servido para una auténtica batalla campal. Leone, un joven vigoroso y lleno de ansias, no solía conformarse con una sola corista, sino que necesitaba dos, y, además, elegidas entre las más jóvenes. Con ellas, con aquel «material», toda la imaginación erótica del Kamasutra se quedaba corta.

—Eh, guarras —dijo.

Las dos chicas abrieron a la vez unos ojos soñolientos.

—*Oh, mon chéri...* —dijo una de ellas, que se hacía pasar por francesa, aunque había nacido en el Trastevere.

—*Hello, my darling* —susurró la que siempre se hacía pasar por inglesa, aunque en realidad era de Madrid.

—*¿Voulez vous faire une autre fois?*

l'amour

—bisbiseó la falsa francesa, aunque en realidad ya estaba harta de que todo aquello del «*amour*» consistiera en dejarse hacer todas las guarradas del mundo.

Leone extendió los brazos nuevamente, luciendo su musculatura.

—Nada de meternos en la cama otra vez, nenas —dijo—. Ya empiezo a estar harto de vosotras, de modo que os pagaré y os daréis el piro. Pero a lo mejor se me ocurre, antes, hacer combinaciones sexuales dentro del agua, de modo que vamos, todos, a la piscina. La primavera romana es magnífica, y hoy hace el día más magnífico de toda la primavera romana. ¡Espléndido domingo! ¡Bueno, qué? ¿A qué esperáis? ¡Arreando, golfas!

—¿Desnudas, así como estamos?

—¿Y yo cómo estoy, lobsas? ¡Nadie nos puede ver! ¡Estamos en el ático más alto de Roma!

Y, riendo, las empujó fuera de la cama. Las chicas, tal y como estaban en el momento de nacer, salieron corriendo, y se hundieron de cabeza en las frías aguas de la piscina. Porque aquello de la calurosa primavera romana podía ser verdad, pero..., ¡diablos, cómo estaba el agua!

Leone se arrojó también.

—Johnny Weissmuller —dijo.

En efecto, había imitado al viejo Tarzán de las películas de los años 30. Su estilo fue perfecto. Lo pudo imitar porque todas aquellas películas las habían vuelto a pasar últimamente por la televisión, y él no se perdía una.

Los tres se hundieron en el agua.

Buscaron sus cuerpos.

Se besaron, mientras se dedicaban a toda clase de audaces sobeos, entre el líquido.

Era delicioso.

Leone sintió que se reanimaba otra vez, pese a los estragos de la noche anterior.

¡La primavera romana!

Y fue entonces cuando vieron aparecer el helicóptero por encima del ático. Se detuvo en el aire, a pocos metros de distancia, mientras los dos únicos hombres que iban en el aparato les miraban fijamente. Leone sabía que, desde aquella altura, podían verles perfectamente en su desnudez, porque el agua era como un espejo.

—¡Eh! ¡Malditos! —gritó—. ¡Cabrones! ¡Fuera!

Ni siquiera el hecho de ver que se trataba de un helicóptero de la Policía de Tráfico, le hizo moderarse en sus insultos. Al fin y al cabo, si en aquel domingo, tranquilo, los de Tráfico se permitían el lujo de darse una vuelta por Roma, antes de dirigirse a la *autostrada del sole*, él no tenía por qué pagar las consecuencias. De modo que volvió a gritar:

—¡Hijos de mala madre! ¡Voy a hacer que os empapelen a todos, cabritos! ¡FUERA!

Y agitó los brazos frenéticamente, desde el agua, mientras una de las chicas murmuraba, riendo:

—Mira... Parece que van a lanzar algo. Seguro que es el papelito con la multa.

—¿Una multa por qué?

—¡Es que tenemos los pechos mal aparcados! —dijeron las dos chicas, riendo.

Algo cayó, entonces, sobre la piscina.

Eran dos bolsas de plástico.

Los que estaban en el agua, las miraron, asombrados. No entendían nada. Sólo cuando el plástico empezó a deshacerse inmediatamente, en contacto con el agua, se dieron cuenta de lo que contenían. La falsa inglesa exclamó:

—¡Son peces! ¡Mira, *my darling*! ¡Menuda amabilidad de los de Tráfico! ¡Nos envían pescado fresco para desayunar! ¡Son peces!

Leone masculló:

—Pero ¿a qué viene esa broma?

Tampoco entendía nada.

Pero, de pronto, sus ojos se desencajaron.

De pronto, LO ENTENDIÓ.

Era algo que no tenía sentido, algo que estaba más allá del bien y del mal, algo que su cerebro se negaba a admitir, pero los pequeños peces estaban allí. De cada bolsa de plástico, salían centenares de ellos. Y avanzando en masa, como un escuadrón compacto y mortífero... ¡ATACABAN!

Una de las chicas exclamó:

—¡Mira! ¡Vienen! ¡Qué raro!

Ninguna de las dos había estudiado Historia Natural, pero Leone sí que había estudiado algo. Y además, había estado dos veces en el Amazonas y en el Río Negro, haciendo cruceros de lujo con su padre. Y además...

Su garganta casi se rompió cuando exclamaba, ciego de horror:

—¡Pirañas!

En efecto, los terribles peces carnívoros, cien veces más voraces que los tiburones, estaban allí. Les rodeaban por completo... ¡VENÍAN POR ELLOS!

El grito de muerte llenó la *loggia*.

Leone intentó desesperadamente llegar hasta el borde de la piscina, huir...

Pero ya era demasiado tarde. Las pirañas llegaron hasta él, y le alcanzaron. El agua se tiñó de rojo.

Las chicas también se contorsionaban, ciegas de dolor.

Sus gritos atroces llenaron la terraza.

Se expandieron por el aire, mientras las pirañas les destrozaban, mientras hurgaban bajo su piel, mientras penetraban en el fondo de sus intestinos, cuando ellas aún estaban vivas.

Leone se hundió en el agua, bañándose en el océano de su propia sangre.

Fue él el único que no pudo gritar.

El único cuyos aullidos no turbaron la santa paz de la primavera romana.

Harry entró en el pequeño café junto a la Piazza della Repubblica, y encendió un cigarrillo, mientras pedía:

—*Un capuccino.*

El humeante café con leche rebosante de crema en los bordes de la taza le fue servido, mientras él miraba al vacío con sus ojos inexpresivos y grises. Y mientras observaba el movimiento a través de las cristalerías, se dijo, una vez más, que ésta iba a ser su última mañana en Roma, y se dijo también que sentía en su propia carne el tener que irse de la Ciudad Eterna. Los dos meses pasados allí le habían hecho habituarse al ritmo de Roma, a su aire de metrópoli vieja como el mundo y nueva como el Mercado Común, una ciudad sufrida, indiferente, burlona, que ya estaba de vuelta de todo, y que sólo aspiraba a sobrevivir, aunque la verdad era que en los últimos tiempos sobrevivía bastante mal. La crisis se notaba en el exceso de jubilados y de gentes con el seguro de desempleo, en la cantidad de propaganda de agitación pegada en los murales, en las manifestaciones de estudiantes que sabían que no encontrarían trabajo jamás, y hasta en la poca elegancia de las mujeres, que se iban abandonando poco a poco, como si pensaran que su último destino estaba en servir de peones en una fábrica. Aquel lunes por la mañana, la ciudad tenía un cierto aspecto triste y presuroso, en las inmediaciones de la Stazione Termini, donde unas cuantas prostitutas, viejas, buscaban el primer cliente de la jornada, unos cuantos macarras desgraciados leían el primer periódico, y unos cuantos turistas preguntaban dónde estaba la Air Terminal para ir cuanto antes al aeropuerto de Fiumicino. Pero nada de eso existía para Harry; quien incluso dentro de aquel café, sólo tenía ojos para la maravillosa luz de la primavera romana.

Y aquella primavera pareció estallar, de pronto, cuando Eva

entró en el local. Eva, que no tenía el menor interés en acabar como peón de fábrica, se había vestido y perfumado bien, y estaba tan hermosa como una de las damas de los cuadros de Rafael, que de hembras bonitas entendía un rato. Se colgó del brazo de Harry, y preguntó:

—¿Ya tienes sitio?

—¿Y si no lo tuviera? —preguntó Harry.

—Entonces, peor para ti, hermano. Ya sabes que no me gusta hacer el amor en un coche, ni exponerme a que me den un chasco en un hotel. Mi familia es demasiado conocida en Roma para arriesgarme a eso.

—Sí —musitó él—. Emparentada con los brillantes apellidos: los Medici, los Navona, los Fizzi... Ya comprendo que una chica, como tú, no puede alquilar, con nombre falso, una habitación en el hotel Quirinale, porque los camareros del hotel Quirinale han servido muchas veces en los banquetes de su familia. Tampoco puede ir a un hotelucho del Trastevere porque a lo mejor su padre está fornicando allí con la dueña.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, guiñando un ojo—. ¿Te burlas?

—No... Simplemente te digo lo desgraciados que somos.

—Eso nos pasa por haberte deshecho, antes de tiempo, de tu apartamento de soltero, en la Via Gregoriana —acusó Eva.

—Eso nos pasa por no haberme dicho tú que «sí» hasta el último minuto —se quejó Harry, riendo.

—Pues suerte tienes, porque pensaba decirte que «no». De un periodista al que envían constantemente de un lado a otro del mundo, una no puede fiarse. Bueno, a todo esto, ¿tienes ya un sitio para que hagamos el amor?

El mostró, colgado de dos dedos, un llavero de plata.

—Ajajá —dijo.

—¿Qué es?

—Un lugar precioso. Verás cómo te gusta.

—¿Pues a qué esperamos, Harry?

El señaló el magnífico «Porsche» amarillo que tenía mal aparcado junto a las arcadas, confiando en que no le multarían, por su placa del cuerpo consular. Pagó el *capuccino*, salieron los dos, entre las miradas envidiosas de los camareros, que en su puñetera vida tendrían una mujer como aquélla, y rodaron por Via Nazionale

hasta las inmediaciones del Vaticano. Harry encontró un hueco para aparcar y dijo:

—Es aquí.

El edificio del siglo XVIII hubiese podido parecer, desde la calle, un convento o un museo. Más bien daba una impresión lóbrega. Nadie podía imaginar, desde la calle, que la parte superior, entre las torres, era completamente nueva.

—El apartamento es de un tipo al que robé la llave —dijo Harry.

Ella le creyó. No podía dejar de creerle porque nunca sabía cuándo aquel tipo hablaba en serio y cuándo hablaba en broma.

Penetraron en el lujoso portal. El conserje de librea no hizo ninguna pregunta porque debía estar habituado a ver entrar allí a parejas de la buena sociedad, y porque además Harry le puso en la mano una generosa propina, no en liras, sino en dólares. Luego, los dos se remontaron al ático.

Harry abrió.

En la clara luz de aquel lunes, su figura atlética se recortó en el vestíbulo, donde había nada menos que un Leonardo da Vinci. Dos jarrones chinos adornaban, junto con el cuadro, el único mueble: una consola lacada, de la época de los Ming. Todo, allí, reflejaba prosperidad, señorío, riqueza.

—Parece que no hay nadie —susurró ella.

—Claro. ¿Quién va a haber? Entra.

Y la empujó suavemente, poniéndole nada menos que la mano en las nalgas.

Puestos a empujar, es el mejor sitio.

Ella atravesó un pasillo.

—Oye..., ¡qué cama tan enorme! ¡Y está deshecha!

Harry arqueó una ceja.

No lo entendía.

—Ni que hubiese habido aquí una batalla campal —susurró.

—Mira —explicó Eva—, había dos chicas.

—¿Por qué?

—Elemental, querido Watson. No te fijas en nada. Porque en esa butaca tienes dos braguitas y dos pares de medias.

—Es verdad... Y dos vestidos.

—Pues aún tienen que estar aquí. No se habrán ido desnudas a la calle, digo yo.

—Tienes razón, Eva.

—Oye, Harry... a... ¿a qué sitio me has traído?

—A un sitio donde no tenía que molestarnos nadie, te lo juro.
Espera, Y salió a la fascinante terraza.

Quería ver lo que ocurría allí.

Y, de pronto, la sangre se le heló en las venas.

El era un hombre habituado a todo. Había visto muchas cosas, que ni Eva ni otras mujeres como Eva llegarían a saber jamás.

Y, sin embargo, ahora, las rodillas parecieron temblarle. Sus ojos se desorbitaron. De su garganta escapó una sorda exclamación.

Porque pocas veces había visto una cosa tan horrible.

La piscina, convertida en un lago de sangre.

Los tres esqueletos flotando entre dos aguas. Sólo conservaban adheridos al cráneo unas tiras de piel, con parte del cuero cabelludo, lo que permitía adivinar su sexo. Por lo demás, hasta parte de los huesos habían sido roídos.

Y las pirañas, allí.

Centenares de pirañas, aún vivas, nadando ansiosamente entre la sangre. Peces hediondos, asquerosos, pútridos, que pedían más... más... ¡MAS!

Harry vaciló, al borde de la piscina.

El horror de pensar que podía caer allí, en aquel líquido rojo, le hizo reaccionar y dar un paso atrás. Su atlética figura vaciló. Su mirada llegó a nublarse.

Y entonces oyó aquel grito lacerante, que lo llenaba todo.

Eva, a su espalda, había visto el macabro espectáculo, también. Su grito despertó dormidos ecos en la primavera romana.

CAPÍTULO II

LA DULCE PRIMAVERA CAIROTA

El hombre que había tomado el avión en Fiumicino, descansando cómodamente en una butaca de primera clase, bebió el último sorbo de su «Chivas 12» y contempló el paisaje verde que se extendía bajo las alas del «Boeing 727». Era el valle del Nilo, la cuna de una civilización que el desierto amenazaba con irse tragando, poco a poco. Porque el desierto estaba allí, a derecha e izquierda, flanqueando las pirámides, arañando casi los palacetes que se habían hecho construir los coroneles ingleses, y tiñendo las calles cairotas de un color rojizo cuando el viento soplabla. Pero hoy hacía un magnífico día de primavera, y por eso el hombre del «727» lo encontró todo con su mejor aspecto.

En El Cairo, descendieron unos cuantos viajeros, mientras otros iban a la sala de «Tránsito» porque el aparato continuaba hasta Khartoum, en los valles pedregosos, hasta Nairobi, en las grandes sabanas del África Central, y hasta Lusaka, en la lejana Zambia, cuyas llanuras aún eran el reino del león. Sin embargo, Proust, el recién llegado, no pensó en nada de eso, porque malditas las ganas que él tenía de ir a Nairobi, y aún menos, a la remota Lusaka. Lo único que le interesaba era llegar al centro de El Cairo, y sumergirse en la atmósfera refrigerada del hotel Sheraton.

Tenía la habitación encargada, de modo que no hubo problemas. Mientras le subían el equipaje fue a lavarse las manos junto al gran comedor del primer piso, el Saladino, uno de los más lujosos de la ciudad. Prueba del bajo nivel de vida, y lo reducido de los salarios, había en los lavabos dos hombres, que se dedicaban sólo a ofrecer las toallas a los clientes, para que éstos no tuvieran que molestarse en tender el brazo y cogerlas. Pero Proust aceptaba esto como una

cosa natural, porque él estaba convencido de pertenecer a una raza superior. Hizo un gesto altivo, y fue a su habitación, que estaba en el piso más alto.

Gordo y fofa como era, Proust se empezó a quitar la ropa, mientras, a través de la ventana, divisaba la magnífica perspectiva de El Cairo, en primavera. Los minaretes de la Gran Mezquita se dibujaban en el cielo azul, con tal nitidez, que daba la sensación de que uno iba a poder cortarlos con unas tijeras. La Universidad de Al Ahram, una de las más famosas del mundo árabe, alzaba sus torres, orgullosas, en la claridad de la mañana. Más allá, casi bajo el Sheraton, hendiendo los barrios populares y sucios, estaba la profunda cuchillada del Nilo.

Proust hizo una mueca. Siempre le ocurría lo mismo, cuando llegaba allí. Buen conocedor del mundo entero, Proust se preguntaba continuamente por qué el famoso «Danubio Azul» estaba siempre tan sucio, siendo Viena como es una ciudad pulcra. Y por qué el Nilo estaba siempre tan luminoso y bello, siendo El Cairo como es una ciudad tan guarra.

Pero ahora no tenía por qué ocuparse de eso. Le quedaban mejores cosas por hacer allí. Desnudo como estaba, se tendió en la cama y llamó a Normand, otro francés que le servía de enlace en toda la zona de Oriente Medio.

Normand vivía en el barrio de El Khalili.

Podrido sitio, aquél. Puerco sitio, donde los haya.

Tiendas donde venden plata falsificada, antigüedades falsificadas, monedas falsificadas, drogas auténticas. Calles llenas de basura hasta el cuello de un hombre. Restaurantes donde, por el aspecto de la gente, el plato del día debe ser carne de rata. Tíos de mirada ardiente, que se fijan en las chiquitas de doce años, porque las de dieciséis ya les parecen demasiado viejas. Pasadizos oscuros donde, si usted se pierde, jamás le encontrarán, donde no aparecerá ni su cadáver.

Pero Normand era una especie de monarca, allí. Se sentía seguro.

—¡Proust! —exclamó, desde su despacho en la parte más profunda de una tienda—. Te esperaba ayer...

—Retrasé el vuelo, por un par de negocios en Roma. Oye... No pude hablar con Leone.

—¿Por qué?

—Su teléfono no contestaba.

—Estaría fuera de Roma, ¿no?

—Su padre, sí, pero él no tenía por qué estarlo. En fin, es igual. Le llamaré esta misma mañana, desde el Sheraton. Por cierto, ¿cómo van los negocios?

—*Okay*.

—¿Encargos?

—Y buenos.

—Oye, lo que sea, quiero verlo —exigió Proust—. Esta tarde la pienso dedicar a comprobar la calidad de la mercancía.

—Serás bien atendido, Proust.

—Bueno, pues envíame lo que sea.

—Tranquilo, muchacho. Y bien venido —dijo Normand.

Colgó.

También Proust colgó, en su lujosa habitación del Sheraton, mientras pensaba que le convendría dormir un poco para estar en forma, cuando llegase la tarde. El viaje no había sido pesado, pero un tipo como él, que ya rondaba los sesenta, necesitaba cuidarse mucho.

Fue al cuarto de baño.

Perfecto.

Mármoles por todas partes. Griferías relucientes. Jabón de calidad. Toallas donde se hundía el cuerpo. En las ciudades más miserables del mundo suele ser donde, por contraste, hay más lujos. Buena cosa.

Miró la tapa inmaculada del inodoro. Una tira la cruzaba: «Desinfectado con Sanitized». Proust, desnudo como estaba, arrancó la tira, alzó la tapa y se sentó, mientras exhalaba un suspiro de satisfacción.

Y entonces oyó aquel silbido.

Y entonces notó aquella cosa terrible.

Entonces se dio cuenta de que le estaba ocurriendo algo que ni en la más espantosa pesadilla pudo soñar.

Porque lo notó.

Entre sus propias nalgas.

¡La serpiente había estado aguardando allí!

¡Dentro de la taza!

La tenía... ¡pegada a su piel!

¡Mordiéndole rabiosamente en... en...!

Proust se llevó espasmódicamente las manos a la boca.

No pudo ni gritar.

El horror le dominó de tal modo, que tuvo que estarse quieto, mientras sentía los dientes venenosos penetrar hasta el fondo de su sangre.

Y sólo entonces saltó. Sólo entonces, su pensamiento le dijo que aún podía salvarse si le prestaban ayuda, si alguien venía a curarle, si alguien le...

Llegó hasta la puerta. Trató de abrirla.

Y ya no pudo.

La golpeó con todas sus fuerzas, con toda su alma.

Pero estaba cerrada por fuera. Le habían encarcelado allí con la serpiente, con la muerte y con el horror. Arrastrándose por el suelo, intentó llegar hasta la bañera, porque pensó que allí se sentiría protegido de algún modo.

Metió la mano en ella para tratar de izarse.

Y entonces notó que subía por su mano.

Otra serpiente estaba allí.

No había podido salir de la bañera al resbalar por la pulida loza, pero ahora el velludo brazo le servía de puente. Mientras Proust intentaba desesperadamente ir hacia atrás, notó que los dientes venenosos se le hincaban en el codo, junto a las venas.

Ya estaba listo.

Llevaba en la sangre veneno para matar a una docena de hombres como él. Pero sabía que aún le faltaba lo más horrible.

Debido a su peso, el ven ¿no tardaría más tiempo en hacer efecto, tardaría más en matarle? El resultado final sería el mismo, pero más lento. Y entonces Proust, sintiendo que temblaba todo su cuerpo, se colocó de rodillas, y rompió en sollozos.

Ni siquiera se dio cuenta de que las dos serpientes paseaban sobre él. Al fin y al cabo, ¿para qué? Al menos durante unas horas, serían unos inocentes gusanos, porque sus glándulas venenosas estaban descargadas y vacías. Porque todo el líquido mortal ya se lo habían metido dentro.

En la barra del Hilton había unas cuantas prostitutas internacionales que fumaban de una forma aburrida los «Abdullah»

recién traídos de Riad, por sus amigos de turno. Mientras miraban distraídamente a los clientes, pensando si con alguno habría la oportunidad de pasar la tarde, todas tuvieron la misma sacudida extraña, inexplicable y hasta un poco irreal, porque les penetró la sensación de que aquel tipo traía la muerte.

Y, sin embargo, había en su rostro una sonrisa casi cordial. Tenía unas facciones agradables, atezadas por el sol, un cuerpo atlético y una dentadura perfecta. Usaba un traje de esos que, por su perfección y elegancia, sólo pueden ser comprados en Bond Street. Su reloj, de un modelo especial, era una auténtica computadora, y todo en él daba la sensación del ejecutivo de una importante compañía internacional, que entre dos vuelos ha recalado en El Cairo y tiene interés por ver el Museo Egipcio y acostarse con una árabe joven que, a ser posible, no le deje sifilítico en diez días.

Todo eso era posible en la atmósfera del Hilton. Encargar las entradas y el guía para el Museo Egipcio y buscar con la mirada a una árabe joven, y aún por contaminar. Pero en aquel tipo había algo poco usual, algo que inquietaba.

Sus ojos.

Eran unos ojos duros y fríos, metálicos, detrás de los cuales parecía haber una sentencia de muerte.

El recién llegado paseó su mirada por las jóvenes prostitutas, pero no se detuvo en ninguna de ellas. Al contrario, posó aquellos ojos en una mujer que estaba al fondo del bar inglés, sentada ante una mesa.

Buena mujer aquélla.

Quizá ya un poco mayor.

Pero alta, elástica, curvilínea, insinuante. «Una ramera de gran lujo», había pensado el camarero que le sirvió su café y su copa de «Hennessy». Y las ramera de la barra pensaban lo mismo, pensaban en la competencia desleal de aquella intrusa, que había venido a llevarse a los clientes, empleando las armas de una elegancia y unos modales que ellas no podrían tener nunca.

El hombre que acababa de entrar en el Hilton no se anduvo con rodeos.

—¿Cuánto quieres? —preguntó.

Ella no le miró apenas.

—Cien dólares americanos —dijo—. No acepto moneda egipcia.

—Hum... No es mal precio. ¿Dónde?

—Tengo una habitación en el segundo piso, la 210.

—Perfecto.

—Sube dentro de cinco minutos. Tiempo justo de llegar yo allí.

Y la hermosa mujer se levantó de la silla y señaló el café y la copa mediada de «Hennessy», mientras le soltaba al hombre la frase ritual de todas las rameras del mundo:

—Paga.

El pagó.

Las de la barra, viendo que la intrusa se les comía el terreno, estaban que echaban leches. Además, eso de los cien dólares era un abuso, y con los abusos se acaba el turismo. Ellas hacían el trabajo por cincuenta, y, si se les apuraba, hasta por treinta dólares.

El hombre de la mirada metálica subió.

Habitación 210.

Puerta que se abre.

Tía que te espera.

Había aprovechado el tiempo, porque no llevaba más que la combinación y las medias. Mientras echaba un poco el busto para atrás, bisbiseó:

—¿Te gusta así?

—El vestido que llevabas era muy bonito...

—¿Me lo pongo?

—¿Por qué?

—A algunos les hace ilusión tumbarse en la cama con una mujer vestida.

El sonrió.

—Estás perfectamente así... —dijo.

Y le puso las manos en los duros senos.

En las sólidas caderas.

En las poderosas nalgas.

La mujer runroneó, mientras se echaba un poco para atrás.

—Págame —dijo.

—¿Habías dicho cien?

—Ujú.

El los soltó, en diez billetes de diez. Así hace más efecto. Notó que la chica los contaba, con una rápida y ágil ojeada, y con más

facilidad que el cajero de un banco.

—Perfecto —dijo—. ¿Te gusta algo especial?

—¿Por ejemplo?

Ella rió.

—No sé... Cositas.

—¿Las haces?

—Yo hago de todo, querido. Una aprende.

Mientras la apretaba de nuevo contra sí, levantándola materialmente por las nalgas, él susurró:

—Con una mujer como tú, no hay que inventar ninguna excentricidad. ¡Lo normal es perfecto con una mujer que te gusta!

Y los dos cayeron sobre la cama.

Los dos se hundieron en la sima de sus propios cuerpos.

En la sima de sus besos.

La chica gimió:

—No me dejes...

Fue después, en el momento en que la tarde empezaba a declinar sobre los palacetes del Nilo, cuando ella alzó una pierna para quitarse lentamente una media. Mientras miraba al hombre tendido a su lado, cansado por la agotadora sesión, la preciosa hembra bisbiseó:

—¿Cuándo fue la última vez que lo hicimos, Harry?

—A ver... —él arqueó un momento las cejas—. Déjame recordar... Sí..., el año pasado, en el hotel Stardust, de Las Vegas. ¿O fue, quizá, en Memphis, Alabama? Con tantas ciudades y tantos aviones, uno no se acuerda.

—Y con tantas mujeres... —bisbiseó ella, mientras se quitaba la otra media.

—Estabas mejor con ellas —dijo Harry.

—¿Sí?

—Hacen más bonitas las piernas. Y lo que dices de «tantas» mujeres es mentira. A ti difícilmente te puedo sustituir, Ellen.

—No pensarás que voy a tragarme eso.

—Hay motivos para que no te sustituya. Eres bonita...

—Hum.

—Eres elegante...

—Hum.

—Y eres mi jefe.

Ella se puso en pie, saltando de la cama y haciendo que su maravilloso cuerpo recogiera, desde la ventana, los rayos oblicuos del sol. Se había quitado las medias para ir a la ducha. Desde allí, mientras el agua resbalaba sobre su piel, preguntó:

—¿Qué tal lo he hecho?

—¿Lo de imitar a una prostituta? —preguntó Harry.

—Sí. ¿Qué tal?

—Bastante bien. Sobre todo, lo de contar el dinero con una sola ojeada, ha sido perfecto, como si tuvieras costumbre. También lo de pedir cien dólares, que en un ambiente como éste es un precio razonable. Pero te has equivocado al pedir el dinero anticipadamente. En estos sitios elegantes, no se suele hacer.

Ella rió.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque hubiese roto la continuidad del ensayo. Cuando te telefoneé, diciendo que venía a El Cairo, tú me pediste encarecidamente que jugáramos este papel, y que lo hiciésemos en serio. Sí, ya sé que para ti es difícil convertirte en una profesional del amor, a pesar de que el amor lo haces como los ángeles... Todo tiene su técnica, sus problemas... Pero ¿por qué tienes que adquirir la personalidad de una prostituta? ¿Dónde te envía el Servicio ahora?

—A Bombay.

—¿Hoteles de lujo?

—Sí. Y hombres viciosos. Pero les sabré parar los pies.

—¿Qué hay detrás?

—Drogas.

Harry suspiró cansinamente.

—Mal asunto para ti, Ellen.

—¿Y tú? ¿No tuviste que hacer el mismo trabajo, fingiendo ser un periodista en Roma?

—No es lo mismo ser un periodista que ser una puta... Bueno, sí..., a veces es lo mismo.

Ella rió.

Volvió a tenderse en la cama, después de secarse.

Sus labios pulposos empezaron a recorrer con suavidad cada milímetro de la piel de Harry.

—No vuelvas a llamarme nunca más «jefe» —suspiró—. Soy más

antigua que tú en el Servicio Secreto norteamericano, y transitoriamente me han dado la jefatura de sector, pero mañana me la pueden quitar. Esto no tiene importancia.

—De momento, eres el jefe —musitó Harry—, y a ti he de rendirte cuentas. Por eso te llamé.

—De acuerdo... —ella suspiró con aburrimiento, y dejó de usar los labios—, nos pondremos en plan de jefes, si no hay otro remedio.... ¿Para qué has venido a El Cairo, si esto no está en tu ruta?

—Quiero pedir un permiso especial, Ellen. Quiero usar, durante una temporada, el billete abierto para cualquier línea aérea que el Departamento de Estado da a los agentes como yo. Los gastos son de mi cuenta, excepto ése, porque tantos aviones no podría pagarlos. Quiero que se me concedan unas vacaciones para hacer por mi cuenta un trabajo extra. Si triunfo, el éxito será para el Servicio. Si me matan, os olvidaréis hasta de mi nombre.

—Casi siempre, ése es el trato —dijo ella con la mirada perdida—. ¿Qué importa, una vez más...?

—Di que tú estás conforme, Ellen. Y telegrafía en clave a Washington.

—De acuerdo, estoy conforme... Es un mal asunto, pero te digo que sí. Aunque, ¿qué hay detrás de eso, Harry? ¿Algún asunto personal?

Harry dijo lentamente:

—Roma.

—¿Qué te pasó allí?

—Hay un financiero que se llama Lamborsini. Se dedica a oscuras especulaciones internacionales, y financia asuntos sucios en las cinco partes del mundo. Yo estaba tras él. Para poder hacer un registro con calma, me agencié un duplicado de las llaves de su fantástico ático de la Via Gregoriana.

—¿Y qué...?

—Hice un registro, aunque no encontré nada de especial. De todos modos, por pura inercia, conservé las llaves. Y el último día de mi estancia en Roma, cuando el Servicio Secreto decidió mi traslado, se me ocurrió pensar que aquel ático lo podría usar para unas horas de amor. Realmente, daba envidia verlo, te lo juro...

Y la chica se merecía aquel ambiente.

—Siempre una chica, siempre... ¿No cambiarás nunca, Harry?

—Fue mi única aventura romana, y encima, sólo llegamos a un acuerdo, el último día.

Una lata.

—De acuerdo, no vale la pena que te pregunte nada... ¿Y qué?

—No había de encontrar a nadie en aquel ático, porque Lamborsini y su mujer estaban de viaje. Leone, el hijo único, se había ido a pasar unos días con una yugoslava, a Trieste. Todo perfecto, pero tuve una sorpresa, que nunca olvidaré. No sé, ni siquiera, cómo podría contarlo. Escucha...

Y narró todo lo que había visto en la piscina de la *loggia*. Ellen le escuchaba sin pestañear, aunque, de vez en cuando, hacía una mueca con los labios, como si se le estuviera secando la boca.

Harry le puso en ella un cigarrillo mentolado.

Tenía la mirada perdida.

—¿Hiciste alguna averiguación? —musitó ella.

—Sí. Yo no tenía nada a favor ni en contra de Leone.

Sabía que era un crápula, un hijo de papá, y seguramente un mal nacido, pero hay tantos tipos así, que te daría demasiado trabajo odiarlos a todos. Sin embargo, me sorprendió la ferocidad y la falta de escrúpulos del crimen, porque con él reventaron dos chicas inocentes. Supe que eran dos jóvenes coristas, que estaban haciendo temporada en Roma.

—¿Qué más supiste, Harry?

—Lo que realmente me intrigó. La existencia de pirañas en una piscina que está en uno de los áticos más altos de Roma, me pareció un detalle alucinante, y di por supuesto que no estaban cuando los bañistas se metieron en el agua, porque no iban a ser tan idiotas.

Alguien las debió arrojar de golpe, y en este sentido pude saber que un helicóptero había sobrevolado la casa, a muy poca altura, el día anterior. Sin duda, las lanzaron desde allí, pero... ¡aquí viene el nuevo detalle asombroso! ¡Era un helicóptero de los que vigilan el tráfico!

Ellen había palidecido.

—No tiene sentido —dijo.

—Claro que no lo tiene, y por eso me di cuenta de que me hallaba ante algo muy importante, algo que podía estar relacionado o no con mi trabajo, pero que sin duda me iba a llevar lejos. Por eso

registré todos los papeles de Leone.

—¿Y qué?

—Tú sabes que tengo mucha experiencia en deslindar lo importante de lo que no lo es. Pues bien, no encontré nada de particular, excepto unos números de teléfono. El primero correspondía a un tal Saccardi, que pronto averigüé estaba en la cárcel. Bueno, estaba y *no estaba*.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo quedaban sus cenizas. Mi documentación de periodista, que aún no me había sido retirada, me sirvió para averiguar una serie de cosas. Como por ejemplo, que al tal Saccardi le habían dado una muerte horrible. Dos reclusos, con la complicidad de un guardián, lo habían amordazado, lo habían envuelto en una colchoneta, y habían prendido fuego a ésta, asando al tío, poco a poco. Se averiguó que los reclusos habían cobrado, del exterior, dos millones de liras cada uno, y el guardián, cinco millones. No era un mal bocado.

Ellen dejó el cigarrillo mentolado, mientras decía con voz espesa:

—En consecuencia, había mucho dinero por medio...

—Sí. Mucho dinero y mucha influencia. Lo que hace falta para conseguir, por ejemplo, durante algunas horas, un helicóptero de la policía romana.

—Comprendo que te parezca un asunto importante, Harry. Pero ¿por qué estaba Saccardi en la cárcel?

—Por violación.

—¿Quizá los padres de la violada pagaron para...?

—No. Eran unos pobres campesinos de Sicilia. El padre esperaba a que Saccardi saliese de la cárcel para cargárselo con una *luppara*, o sea, una de esas escopetas cortas que usan los de la Mafia, pero ya no hubo necesidad. Lo de Saccardi lo hizo otro.

—Con dinero y con poder, claro...

—Mucho dinero y mucho poder. Eso fue lo que me obligó a hacer en seguida averiguaciones en torno al segundo teléfono. Correspondía a un tal Proust, que tiene importantes negocios hoteleros en el mundo árabe.

—¿Y...?

—Proust venía hacia El Cairo —susurró Harry—. Por eso me

vine tras él. Sé que se aloja en el Sheraton.

—¿Vas a buscarle?

—Esta misma tarde.

—Seguro que es un hijo de puta —bisbiseó Ellen.

—Seguro.

—¿Y qué vas a hacer tú con una puta que no tiene hijos, Harry?

Harry bisbiseó:

—Me parece que me he caído con todo el equipo.

Y volvió a besar a la mujer. La verdad era que ella tenía tela para rato.

Iba a llegar tarde al Sheraton...

CAPÍTULO III

CAMPEÓN DE SALTO DE ALTURA

El agente secreto tardó, sin embargo, pocos minutos en trasladarse desde un hotel de lujo a otro hotel de lujo, pues ambos se encuentran en la única zona auténticamente aristocrática que hay en El Cairo, una zona en realidad pequeña. A través de un tránsito alucinante de coches que no paraban de hacer sonar el claxon, de gentes que no respetaban la luz roja, de asnos cargados como en los tiempos bíblicos y de vociferantes súbditos del señor Sadat, llegó a aquel oasis de paz y de lujo que era el Sheraton. Una generosa propina le bastó para saber cuál era la habitación de Proust, así como para saber también que se encontraba solo. Otra propina y una mentira bien urdida bastaron también para que le dieran un duplicado de la llave. La gente que tiene un sueldo miserable, pero ha de aparentar, necesita llegar a fin de mes a base de milagros como ése, y los empleados del Sheraton estaban dispuestos a que todos los milagros fuesen realidad.

Harry entró en la habitación. Era de gran lujo.

Pero estaba vacía. El pájaro debía encontrarse en el cuarto de baño, sumergido en agua tibia o vaciando el intestino. Dispuesto a cortarle las dos cosas en seco, Harry fue a entrar también.

Pero era extraño. Alguien había cerrado la puerta por fuera, uniendo el pomo a la jamba por medio de un fino y resistente alambre. ¿Alguien que tenía dinero para entrar en los sitios que quisiera? ¿Y también el suficiente dinero para...?

Los pensamientos de Harry eran un volcán. Forzó el alambre y entró.

Las dos serpientes casi se lanzaron sobre él.

Fue instantáneo.

Con las fauces abiertas, y silbando de una forma que le pareció atronadora, fueron hacia sus pies.

Pero Harry era, a su modo, también una serpiente. Tenía más rapidez que cualquier bicho de la tierra. Saltó hacia atrás y rodó por la alfombra, mientras sacaba de entre la camisa y el pantalón la pequeña «Beretta» con silenciador, que Ellen le había proporcionado antes de despedirse. Había tenido que proporcionársela porque él no podía pasar por avión aquellos petardos, dados los aparatos electrónicos de control de armas que hay en los aeropuertos.

Harry no había podido imaginar que hubiera de usar la pistola tan pronto. Mientras daba otro giro sobre la alfombra, vio a las dos serpientes que venían en línea recta hacia él, con las cabezas ligeramente atrasadas y dispuestas a acometer.

Eran cobras. Sus anteojos se distinguían perfectamente, en la oscura piel.

Con un solo mordisco podían liquidar a un hombre, y aún les quedaba veneno para otro.

Harry movió la pistola, ¡FLAP! ¡FLAP!

Fueron dos secos golpes. Las cabezas de los dos bichos se abrieron por la mitad, aunque los cuerpos siguieron avanzando, y Harry hubo de esquivarlos con una mueca de asco, haciendo un violento esfuerzo. Pasaron de largo, y se estrellaron contra la pared.

Luego respiró, atónito.

No entendía nada.

Pero envolvió los dos asquerosos ofidios en la alfombra manchada de sangre, y la depositó detrás de unas cortinas, de forma que no se viese. Luego abrió el bar de la habitación, se preparó un *whisky* doble, a base de dos botellines, y lo bebió antes de meterse nuevamente en el cuarto de baño.

El cuerpo de Proust era todo un poema.

Gordo y fofo. Aterrado. Lívido. Con el pelo revuelto, con las manos crispadas. Había pasado lo suyo, antes de reventar.

Harry sintió frío en la espina dorsal.

La verdad era que él había visto muchos muertos, y había enviado a muchos prójimos tras las fronteras del Más Allá, pero situaciones como ésta no las conocía. Detrás de aquellos «fiambres» de alta categoría —al menos Leone y Proust lo eran— se ocultaba

alguien con mucho poder, alguien que podía gastar dinero sin límites, alguien que tenía en sus manos la vida y la muerte.

—¿Quién?

¿Y POR QUE?

Harry decidió no seguir pensando. Lo primero que tenía que hacer era conseguir algunos datos, y para eso era indispensable registrar las ropas de Proust, que había visto en uno de los divanes.

Salió del cuarto de baño.

Y entonces aquel asunto, pródigo en sorpresas, le dio una sorpresa más. Porque las tenía allí. Todas puestas en fila.

Piernas... Piernas... ¡PIERNAS! ¡Y qué piernas...!

Bueno, bastante gente hubiese dado algún año de su vida por tener delante de los ojos lo que tenía Harry.

Piernas femeninas de la mejor calidad. Piernas desnudas. Piernas enfundadas en medias con ligero clásico. Piernas cuyas medias terminaban en unas ligas de fantasía, como en los buenos tiempos. Piernas con *panties*. Piernas para todos los delirios, para todos los gustos, para todos los sueños.

Maravillosas.

Increíbles.

Harry empezó a contar maquinalmente las piernas, porque fue, de momento, lo único en que se fijó. Había catorce. O sea siete mujeres, contando con que ninguna era coja.

Luego las miró también a ellas.

Americanas. Alemanas. Sureñas. Suaves como la seda o agresivas como una flecha. Llenitas como las sueñan los adolescentes, infantiloides como las quieren los viejos, o estilizadas como las desean los modistos. Pero todas con la característica común de ser jóvenes, preciosas y de tener subidas las faldas hasta el mismísimo pubis, para que el hombre pudiera ver bien la calidad de lo que se le ofrecía.

Una de ellas musitó:

—Creo que le hemos dado una sorpresa, señor Proust.

—Pues... pues... sí, bueno, ha sido una sorpresa —balbució él.

—No imaginábamos que fuera tan joven —dijo otra.

—Soy un tipo sin edad —gruñó Harry, escapando del lío.

—Nos ha enviado el señor Normand —dijo otra.

—¿Normand...?

—Sí. Su agente en El Cairo.

—Ah, sí... —susurró Harry—. Mi agente en El Cairo.

—Usted le pidió elegir para pasar la noche con una o dos de nosotras. Por lo tanto, aquí nos tiene.

Harry tragó saliva.

Empezaba a comprender algo, aunque no todo tenía aún para él la suficiente claridad.

Otra de las chicas, siempre con las faldas hasta arriba, musitó:

—Nosotras somos bailarinas, ya lo sabe, pero comprendemos que, de vez en cuando, hay que hacer algún sacrificio. No puedes tener buenos contratos, si no pasas las noches con algún pez gordo. Aunque... usted no significa un sacrificio, señor Proust. Le aseguro que todas le imaginábamos de otra manera.

Harry pensó en el tío fofo y viscoso que estaba en el cuarto de baño.

Con voz que quería ser indiferente, preguntó:

—Normand os ha contratado, ¿no? Pero es que me ha dado muy pocos detalles.

¿Adónde os envía?

—A los emiratos del Golfo Pérsico. Allí hay magníficos teatros, y pagan muy bien.

Harry tragó saliva.

No había magníficos teatros en el Golfo Pérsico.

Lo que había era magníficos harenes a disposición de los jeques del petróleo, que necesitaban renovarlos continuamente.

La cosa estaba clara: trata de blancas.

Siempre hay tontas que sueñan en el triunfo fácil, y piensan que ellas no van a correr ningún peligro. Siempre hay muchachas ansiosas de conocer mundo, y que creen que sólo habrán de meterse en cama un par de veces, a cambio de un gran contrato. No saben lo que les espera.

De modo que a eso se dedicaba Proust. Y Normand era su representante en la zona de Oriente Medio...

Perfecto.

La relación con Saccardi, el violador muerto en la cárcel de Roma, ya empezaba a insinuarse, aunque la relación con Leone, el de la *loggia* de la Via Gregoriana, no se insinuaba aún por parte

alguna.

Las faldas fueron bajando una a una, como en un espectáculo fascinante, que se acaba con lentitud.

Una de las chicas susurró:

—¿Qué? ¿Ha elegido, señor Proust?

—Sois todas preciosas, pero estoy algo cansado. Imagino que sería muchísimo mejor si vinierais mañana por la tarde.

Se miraron todas sorprendidas.

—Es extraño. Nos habían dicho que usted estaría ansioso, señor Proust, que había venido de Europa para conocernos, y que seguramente se quedaría con más de una.

Harry musitó:

—Cierto, pero he tenido un problema de negocios, y ahora estaría pensando en otra cosa. Gracias por vuestra amabilidad, pero volved mañana, nenas. Y entonces, elegiré.

Todas fueron hacia la puerta, quizá un poco decepcionadas. El taconeo de todas aquellas hembras, como el de las coristas en una pasarela, era obsesionante. Cuando ya iban a salir, Harry musitó:

—¿Dónde estáis alojadas?

—En el hotel El Mansour, señor Proust.

—Vaya... No es una jaula despreciable, ni mucho menos. Supongo que el mejor hotel de El Cairo.

—Nos tratan muy bien. Por eso estamos tan agradecidas.

«Ya dejaréis de estarlo», pensó Harry. Y en seguida añadió en voz alta:

—Hasta mañana, muñecas. Os aguardo a esta hora.

Las diosas de carne salieron.

Una profunda arruga de preocupación se marcó en la frente de Harry. Empezaba a ver el asunto con alguna claridad, pero había cosas que no cuadraban.

Por ejemplo: ¿por qué había muerto Leone?

Por ejemplo: ¿por qué había muerto Proust?

¿Quién se gastaba tanto dinero en aquellas muertes?

La policía, no, y además, la policía actúa de otro modo. Una organización internacional dedicada a reprimir la trata de blancas, tampoco, porque éstos no son sus métodos.

Pero ahora no tenía tiempo para pensar. Lo que debía hacer era pasar a la acción. Por lo tanto, marcó en el teléfono el número de

Ellen, en la habitación del Hilton donde había estado pocas horas antes, y le informó de todo lo que sabía. Pidió a la mujer que se pusiera en contacto con la Interpol para que las chicas fueran devueltas, sin daño alguno, a sus países de origen. El se encargaría de Normand.

Ellen musitó:

—Vaya... Has venido para resolver un asunto, y ya te has metido hasta las narices en otro...

—Algo me dice que es el mismo asunto, preciosa, pero no estoy seguro. De todas formas, te tendré al corriente. *Ciao*. Besitos en el ombligo.

Y colgó.

Ahora tenía que revisar con calma los documentos de Proust. Lo primero que hizo fue leer su agenda, y comprobar que también Proust tenía el teléfono de Leone. Y que también tenía el teléfono de Saccardi, cuando éste aún no se hallaba en la cárcel. Y que el tercero de los teléfonos que le habían llamado la atención en la agenda de Leone, también lo tenía Proust.

El cerco se hacía más estrecho cada vez, aunque Harry no acababa de ver el camino claramente.

Se encontraba medio tapado por la puerta de uno de los armarios, mientras examinaba la agenda. De pronto, notó que se abría la puerta de la habitación.

Un tipo alto, delgado, fuerte, bien vestido, entró. Harry lo vio sencillamente de espaldas.

—Eh, Proust... —masculló aquel tipo, creyendo que el cliente estaba dentro de la habitación—, ¿qué te pasa? Te envío un gran lote para elegir, y no te quedas ni una. Estaba en mi coche, esperando abajo, al otro lado de la avenida, y las he visto salir a todas, señal de que ninguna está aquí contigo. Si te parece que trabajo mal, me lo dices de una puñetera vez. Pero yo creo que el «ganado» era de la mejor calidad, maldito seas. No sé qué quieres...

Normand siguió hablando, creyendo que Proust le oía desde el interior, hasta que llegó a la puerta del cuarto de baño. Y de pronto, se detuvo en el umbral, mientras sentía que la sangre se le helaba en las venas.

Pero no se comportó como un novato. Por el contrario, demostró ser un tipo de reflejos rápidos.

Con un gesto instantáneo, sacó el «Magnum» que llevaba en la funda sobaquera. Giró como una peonza.

Y se encontró con otro tipo, que también tenía reflejos rápidos y, además, tenía puños de acero. Normand no tuvo tiempo de apretar el gatillo.

De pronto, la habitación entera empezó a dar vueltas para él. El impacto que acababa de recibir en la mandíbula se la partió en dos. Un pinchazo de lacerante dolor llegó hasta el fondo del cerebro de Normand.

Pero éste aún no había soltado el revólver. El largo cañón del «Magnum», con el largo silenciador, le hacía parecer una auténtica pieza de artillería. Lo giró desesperadamente, intentando tener delante del punto de mira la cabeza de Harry.

Éste se ladeó.

Sabía que no iba a poder evitar el balazo.

Por centésimas de milímetro, lo esquivó, mientras oía el «trac» del cristal de la ventana, al recibir la bala, Normand se dio cuenta de que había fallado, y giró de nuevo el revólver, mientras el dolor que llegaba hasta el fondo de su cerebro se hacía insoportable.

Se dio cuenta confusamente de que la habitación volvía a girar en torno suyo, pero no llegó a entender aquello hasta que se vio volando sobre los muebles. De pronto, la ventana apareció ante sus ojos, como una mancha de luz.

Harry lo había sujetado por el estómago y por la entrepierna, lanzándolo por encima de su cabeza.

En un combate de lucha libre, hubiera lanzado a su enemigo fuera del «*ring*».

Ahora lanzó a aquel tipo fuera de la habitación.

Pero por la ventana.

Normand, que aún tenía el revólver en la derecha, oyó confusamente el estrépito de los cristales, mientras lanzaba un grito de horror.

La masa ocre de El Cairo pareció dar una vuelta completa ante sus ojos.

Y los minaretes que hendían el cielo.

Y la profunda cuchillada del Nilo.

El aullido se repitió mientras volaba hacia la planta del Sheraton. Allí se estrelló contra las losas de la entrada, mientras un

«Mercedes» del cuerpo diplomático abría sus puertas.

La dama que salía de él, se puso empapurrada de sangre.

Los gritos llenaron la calle.

Y los transeúntes que circulaban, en forma de masa abigarrada, se lanzaron a ver lo que ocurría. Allí había oportunidades de birlar alguna cartera y, mejor aún, de tocar las posaderas a alguna mujer occidental. Y no es que los egipcios sean mala gente..., ¡pero en El Cairo hay tan pocas oportunidades de que un hijo de Alá lo pase en grande...!

CAPÍTULO IV

SOUS LES PONTS DE PARIS

El hombre de cuerpo atlético y ojos helados se dirigió al *rond point*, o punto de reunión del aeropuerto de Orly, pues las líneas de Oriente Medio aún no aterrizan en el nuevo y moderno aeropuerto de Charles De Gaulle, y encendió un cigarrillo con movimientos calmosos. Sus ojos, más fríos que nunca, analizaron, una a una, las personas que se movían por allí, en un conjunto abigarrado e internacional, que hubiera hecho las delicias de un fotógrafo especializado en temas de turismo.

Mujeres elegantes, llegadas de los más diversos puntos del mundo. Las muñequitas japonesas se codeaban con las altas nórdicas, con las opulentas holandesas y con las morenazas italianas. Hombres de negocios, llegados de Nueva York, ojeaban *Le Fígaro* o *Le Monde* junto a delegados pakistaníes, embajadores negros y hasta algún chino, vestido a «lo Mao», que miraba todo aquel lujo con asombro. Orly estaba en su mejor hora, aunque, más allá de las grandes cristaleras, la neblina de París lo llenaba todo, pues el invierno parecía haber vuelto.

¡Qué diferencia del clima de El Cairo! ¡Qué lejos parecía estar también la dulce primavera romana!

¡Y qué lejos los hombres que saltaban desde las más altas ventanas de los hoteles de lujo!

Pero Harry abandonó todos aquellos pensamientos, un minuto después. El comisario Ronier, que era el enlace entre la policía francesa y la Embajada norteamericana —un hombre discreto, que más parecía un diplomático que un «pesquisa»—, se estaba acercando a él. Ronier, impecable abrigo gris, pelo blanco bien

cuidado, y suave olor a «Yacht Men» y a tabaco de pipa «Dunhill», le estrechó la mano y le hizo una seña para que le siguiese. Los dos se dirigieron hacia la Avenue du Général Leclerc en un «CX 2400» color plata.

Mientras conducía hacia el centro, Ronier musitó:

—Recibí su aviso, por medio de la Embajada, Harry.

—Sí. Ya veo que ha acudido puntualmente.

—Y puntualmente he leído todos los periódicos de Oriente Medio, amigo. Parece que en El Cairo hubo algunos problemas.

—Sí. Un santo varón saltó desde la ventana más alta del Sheraton. Tuve algunas dificultades para salir de allí, sin que la gente se diera cuenta.

—¿Normand?

—Veo que ya está enterado de todo, Ronier.

—No era tan difícil. Los periódicos daban el nombre de ese aficionado al vuelo sin motor, y yo no tuve más que mirar las fichas, en la Süreté. Ese tipo había hecho una bonita fortuna en Oriente Medio, pero después de ser expulsado de Francia.

—¿Por qué le expulsaron? ¿Trata de blancas? —preguntó Harry, con indiferencia.

—Sí. Trata en gran escala. El consabido truco de las artistas contratadas a gran tren, para hacer jiras por los países árabes. Antes era Beirut, pero ahora es Riad. Lo mismo da. Los vientres de los jeques que se les dejarán caer encima, son absolutamente idénticos.

Y exhaló una bocanada de humo de la pipa, que había sabido cargar con una habilidad pasmosa, mientras conducía con la otra mano. Harry musitó:

—¿Y Proust? ¿Quién era Proust?

—Un tipo como Normand, pero con la diferencia de que a Proust aún no lo habíamos expulsado de Francia.

—¿Alguien podía estar tras sus huellas, para matarlo de una manera tan refinada como salvaje?

—¿Se refiere a las serpientes?

—¿También leyó eso en los periódicos? —preguntó Harry.

Ronier lanzó una carcajada.

—Y usted también lo ha leído, amigo, no se haga el tonto. La noticia de las serpientes ha dado la vuelta al mundo. Pero contestaré a su pregunta, diciendo que Proust no tenía enemigos

demasiado directos, aparte la propia policía. Era un fulano que no molestaba a los competidores, y respetaba los pactos con éstos, de modo que si no tenía que actuar en Marsella, no actuaba en Marsella. Por eso no me explico que alguien tuviese interés en eliminarle de esa manera.

—O sea que no fue un competidor.

—A mi juicio, no —murmuró Ronier.

—Lo imaginaba.

Y Harry encendió un nuevo cigarrillo, mientras contemplaba la neblina de París. Hacía un tiempo nórdico, un tiempo que parecía querer arrancar de nuevo las hojas de los árboles. La ventana de una casa se abrió, y en ella apareció una joven con los pechos al aire, pero en seguida, friolera, volvió a cerrar.

—¿Qué hay de Leone Lamborsini? —preguntó Harry.

—¿El muerto en uno de los áticos más elegantes de Roma...? Bueno, hemos podido aclarar algunas cosas acerca de él. Era amigo del tal Saccardi, el quemado vivo en la cárcel. Salían, a veces, juntos.

—No lo entiendo. Saccardi era un muerto de hambre, ¿no?

—Bueno..., no tanto. Era uno de esos tipos que han adquirido unos ciertos modales, a base de codearse con lo más podrido de la aristocracia romana. Trabajaba como masajista de ciertas damas otoñales, que le pagaban buenos extras, a cambio de que él les trabajara el cuerpo bien, con todo lo que hiciera falta. Eso le hizo conocer indirectamente a alguna gente adinerada, como por ejemplo Leone. Ya puede imaginarse el cuadro: Via Veneto, los coches deportivos, que si tú no conoces a las mujeres, que si les puedes sacar lo que quieres, que si son unas guarras... Parece que Saccardi y Leone se corrían algunas juergas juntos. Leone tenía un buen sistema para sacar pasta larga, cuando no se la daba su padre.

—¿Qué sistema?

—¿No lo adivina, Harry? Hacer chantaje a las damas de la buena sociedad, a las que Saccardi ponía en trance, en la cama. La dama nunca sospechaba de Saccardi, y pensaba que la «filtración» venía de otro sitio, pero siempre terminaba pagando. Eso les hizo formar a los dos una especie de sociedad, y quién sabe si habían proporcionado «materia prima» a Proust, a través de la frontera. Saccardi era un tipo que sabía conquistar a las mujeres, a las

chiquitas jóvenes, pero cuando se ponían tontas, las violaba. Siempre eran menores de veinte años. Decía que así se compensaba por tanta carne fofa como tenía que acariciar con la lengua.

Harry lanzó un suspiro.

Extraño mundo éste, en el que se estaba moviendo. Pútrido mundo que, sin embargo, para tanta gente, tenía una especial fascinación. Las damas que daban la vuelta al mundo en el *Enrico C* o en el *Aquille Lauro*, encontraban, después del crucero de tres meses, a su fiel Saccardi en las calles de Roma. Encontraban su paisaje preferido, sus muebles bienamados, sus perfumes discretos, sus éxtasis mientras se tendían en el diván y gemían: «¡Más, más, más!». Los ricos caballeros que las habían acompañado encontraban también alguna jovencita quinceañera, proporcionada por Proust. Y mientras tanto, la primavera romana estallaba, y París se cubría de neblina, y el mundo iba tirando.

El agente americano preguntó:

—¿Sabe si Leone llegó a violar, también, a alguna?

—No, no lo sé, pero no me extrañaría. ¿Por qué?

—Tampoco yo sé contestarle, Ronier. Este asunto es muy confuso.

El Sena había aparecido, como por un milagro, a la derecha del «CX». Estaba cenagoso y triste. La sirena de un *bateau-mouche* silbó lánguidamente, bajo el puente de la Cité.

Ronier dio otra chupada a su pipa.

—Bueno, pues entonces, intente aclararme alguna cosa a mí, Harry —pidió—. Aún no sé a qué ha venido, porque supongo que, si está en París, será por algo, aparte del hacerme esas preguntas.

—Sí —explicó Harry, con la mirada perdida—. En la agenda de Proust estaba la dirección de un abogado de París.

—Y el asunto le olió a sucio, desde el primer momento, claro. Pensó que el abogado de Proust no podía ser precisamente el abogado del Hospital de San Juan de Dios. Que tenía que ser, a la fuerza, un cerdo.

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Berthol.

—Lo conozco. En efecto, se dedica a asuntos turbios, y han estado a punto de expulsarle del Colegio de Abogados, dos veces.

Pero gana dinero, eso sí, y tiene un bonito despacho en la Avenue Roosevelt. ¿Qué clase de asunto le había encargado Proust?

—No lo sé —confesó Harry—. Allí sólo había anotado: «Abogado Berthol. 1000 francos, a cuenta asunto Jenny». —Eso no es gran cosa.

—Quizá no, pero antes de salir de El Cairo, hice algunas averiguaciones, por medio de la Embajada. No necesito decirle, Ronier, que los servicios secretos están medio disfrazados entre los servicios diplomáticos. Desde la Embajada de El Cairo, movieron algunos resortes en la Embajada de París, y se pudo averiguar que Jenny era una preciosidad de dieciocho años. Nada más.

Ahora el que cerró un momento los ojos fue el policía francés, a pesar de que iba conduciendo.

—¿Jenny River? —preguntó.

Harry echó la cabeza hacia atrás, sorprendido.

—¿Cómo lo sabe? —musitó.

—Espere. Creo que aún llegaremos a tiempo.

Estaban cerca del Pont

d'Alma,

en el centro de París. Ronier maniobró, y dejó el bolido color plata en el muelle del Sena, tras pasar un control de la policía. Harry sintió frío en las venas, al darse cuenta de que allí, junto al río, había dos coches patrulleros de la Sûreté, varios agentes y una ambulancia. Todo envuelto en la niebla.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —musitó.

—Ahora lo verá. El nombre de Jenny River estaba en el boletín de actividades del día, que todos los jefes leemos, en el momento de entrar en servicio. Había que sacarla del río, y veo que aún no se la han llevado de ahí. Llegamos a tiempo.

Los dos hombres descendieron, y se encararon a aquel bulto informe. Al lado aún estaba el bichero con que la habían sacado del fondo cenagoso del río. Y la medalla con el nombre grabado, que debieron sacar en primer lugar, y que les hizo deducir el nombre de la muerta que estaba en el fondo del agua.

El silencio sólo era roto por el runruneo de los coches que pasaban por encima de los muelles.

Ronier musitó:

—¿Qué esperan?

Un gendarme saludó respetuosamente.

—El juez aún no ha venido, comisario.

—Por favor, la manta.

Y la manta fue retirada. Entonces Harry se enfrentó, de lleno, al espectáculo horrible del cuerpo que ya estaba en descomposición, y que, además, habían castigado los dientes de los peces. Hubo en aquello algo que le recordó lo de la *loggia*, en la Via Gregoriana de Roma. Hubo algo que le trajo el recuerdo del Aventino o de las campanas de Trinitá dei Monti, pero mezclado con la idea espantosa de la muerte que lo iba llenando, poco a poco, todo. La muerte en Roma, en París, en El Cairo... En todas partes.

Ronier musitó:

—Sin embargo, fue bonita.

Tenía que haberlo sido. Y mucho. La cara estaba relativamente intacta, y mostraba, aun en aquellas condiciones, una fantástica perfección. Las piernas habían sido largas y sólidas. Una chica que pasó del metro ochenta, y con todo bien puesto en su sitio, muy bien puesto en su sitio. Un buen bocado para los *connaisseurs*.

El forense musitó:

—La arrojaron al agua, desnuda.

—¿Ya estaba muerta?

—He de esperar a la autopsia, pero yo juraría que sí. Y además, juraría que fue violada salvajemente.

Retiró el cigarrillo de sus labios y añadió:

—La destrozaron a golpes, antes de arrojarla al agua.

Ronier hizo un gesto.

—Cúbranla otra vez, por favor. E insistan para que el juez, venga, diablos... El Palais de Justice no está tan lejos.

Los dos hombres regresaron al «CX», envueltos en la neblina baja. A cierta distancia, se divisaban las ventanas discretas de la *Tour*

d'Argent.

El Sena bajaba crecido, turbio, como si fuera a desbordarse de una vez.

Las Torres de París parecían dedos en la sombra.

Harry musitó:

—De modo que éste era el famoso «caso Jenny»...

—Sí —dijo Ronier—. No acabo de entenderlo.

—¿Qué puede ligar esto a Leone y a Saccardi? Proust ya sabemos que estaba conectado de algún modo. Pero esos dos romanos... ¿por qué?

—Habrá que comprobar algunas fechas —dijo suavemente Harry.

—Sí, eso es esencial. Vamos.

Se dirigieron al despacho de Ronier, en la Süreté. Era un despacho adornado, solemne, ligeramente rococó, presidido por un retrato del presidente Giscard, pero en el que abundaban los bustos en yeso de las viejas glorias policiales francesas, empezando por el contradictorio Fouché. No faltaba tampoco el de Fouquier-Tinville, que fue fiscal en la peor época de la Revolución, cuando rodaban alegremente las cabezas en la Place de la Gréve. Parecía un museo, Harry gruñó:

—A trabajar.

Y establecieron contactos telefónicos con Roma. De esos contactos y de las fechas contrastadas, se dedujo:

Primero, que Leone había estado unos días en París, justo cuando Jenny River debió morir.

Segundo, que Saccardi le había acompañado.

Tercero, que al regresar a Roma, Saccardi había sido acusado de una violación anterior, y metido en «chirona».

Por lo tanto, aquellos dos hijos de la gran perra podían haberle hecho el «trabajo» a la pobre Jenny River. Y Proust sabía algo. Quizá Proust también participó, ya que debía gustarle la carne fresca. La relación de los tres no era relación de un día, sino algo estable, puesto que tenían anotados sus números de teléfono.

Esto empezaba a aclarar las cosas, pero no del todo.

Había que conocer nuevos detalles, y esos detalles los daría Berthol, el abogado de Proust.

—Ahora ya tenemos motivos para interrogarlo, con mandamiento judicial —masculló Harry—. Hágalo venir aquí.

—Tengo una idea mejor. No precipitemos las cosas porque él se agarrará a un clavo ardiendo para decir que hemos violado sus derechos —expuso Ronier—. En cambio, nada podrá objetar si se le hace una visita en su despacho. Y es más, Harry: yo no le daría a la cosa carácter oficial, por el momento. Yo, en su lugar, iría allí con los ojos bien abiertos, y en plan de cliente americano, que quiere

hacerle una consulta. No hace falta que le hable de Jenny River en el primer momento, pero luego actúe según las circunstancias.

—¿Piensa que ese camino será más fácil que el meramente legal?

—El camino meramente legal yo lo emplearía como último recurso.

Harry chascó dos dedos.

—No es mal asunto, Ronier. Me ocuparé en seguida de eso.

—Y yo estaré en contacto con usted. ¿Dónde va a vivir, mientras permanezca en París, Harry?

—En el viejo Meurice, en la rué Rivoli. Desde el aeropuerto, ya he dado orden para que me trasladaran el equipaje allí.

Harry abandonó la central de la Süreté, y se dirigió al Meurice, el viejo hotel de los diplomáticos, de los políticos exiliados y de las queridas de alto precio. El hotel donde los alemanes, que al menos tenían buen gusto, instalaron su cuartel general, durante la ocupación. Allí tenía una habitación cuyas balconadas daban sobre el Louvre, sobre las arcadas de la rué Rivoli, cada vez más proletarizadas, sobre la historia de un París que él amaba, pero en el que ahora iba a tener que pelear. Y estaba dispuesto a hacerlo hasta el límite.

Después de darse una ducha y cambiarse de ropa, telefoneó al despacho de Berthol, pidiendo una entrevista. Berthol se la concedió para primera hora de la tarde, por medio de una secretaria.

Y Harry fue puntual. Tenía los puños apretados cuando entró en aquellas habitaciones de la Avenue Roosevelt, en el centro del París burgués, cuyas paredes estaban llenas de cuadros, con alegorías de la ley. Cualquiera hubiese dicho que aquél era el templo de la Justicia, cuando en realidad, entre aquellas paredes, se habían montado algunos de los chanchullos más importantes de Francia.

Berthol resultó ser un hombre gordo, admirablemente vestido, que le recibió en seguida en su despacho. Llevaba un reloj de oro, que debía pesar media tonelada. Su encendedor también era de oro macizo. Prendió fuego, con él, al cigarrillo que acababa de ofrecer a Harry.

—¿Y qué se le ofrece a mi buen cliente americano? —preguntó el abogado, con una sonrisa ambigua—. ¿Qué problemas tiene usted

en París?

Harry planteó un problema de residencia. Como experto en cuestiones de Embajada, sabía que muchas veces los extranjeros tienen problemas que requieren la intervención de un abogado. Todo aquello lo hizo para ir observando a Berthol, y ver si había algún resquicio que le permitiera averiguar lo que quería.

Berthol le escuchaba atentamente, pero sin hacer comentarios.

Sus gestos eran los del hombre que está absolutamente seguro de sí mismo. Algunos detalles de riqueza personal, como por ejemplo el brillante de su mano derecha, causaban impresión. Harry pensó que aquel tipo debía sacar mucho dinero de los chanchullos, para poder vivir de esa manera.

Cuando Harry hubo terminado la exposición de su «problema», el abogado dijo con voz opaca:

—Todo eso es falso, amigo Harry.

—¿Qué... dice?

—No nos engañemos. Usted me ha planteado un asunto para irme observando, y para tener una oportunidad de estar en contacto conmigo, pero en realidad lo que le trae aquí es otra cosa. Sabe que soy el abogado de Proust, o mejor dicho que *lo era*, puesto que Proust murió en El Cairo. Y yo sé que usted es un agente del Servicio Secreto norteamericano, que se ocupa de este asunto fuera de servicio, sin ninguna obligación de hacerlo. Sólo por amor a la aventura, y porque quiere desentrañar un misterio que cada vez se le ha hecho más y más incomprensible, y más y más profundo. ¿Me equivoco, amigo mío?

Harry quedó con la boca abierta.

No entendía cómo aquel tipo podía haber sabido tantas cosas de él y, además, tan pronto. Berthol era el pájaro más listo con el que se había encontrado en muchos años.

Lástima que el Servicio Secreto norteamericano no contara con sus servicios. Era un tipo de esos que no tienen precio.

Pero ya que las cosas estaban planteadas de aquel modo, Harry se alegró. Decidió embestir de frente:

—Yo fui el que descubrió el cadáver de Proust, en El Cairo —dijo.

—Lo imaginaba.

—Y he visto el cadáver de Jenny River.

—Tengo buenos amigos en la policía. Ya me lo han dicho.

—¿Amigos en la policía? ¿Por ejemplo, Ronier?

—No. Ronier es enemigo personal mío. Nos detestamos. No quiero ni verle.

—Lo comprendo muy bien, Berthol. Y el hecho de que usted tenga informaciones rápidas, lo convierte en un hombre de primera clase.

Y Harry tomó otro cigarrillo de la caja de plata que había sobre la mesa. Berthol se apresuró a darle fuego otra vez, con su encendedor de oro macizo.

—Hablemos claro —musitó.

Sus ojos brillaban peligrosamente.

Además de ser un tipo inteligente, debía ser, también, un hombre de acción.

—He venido aquí para hablar claro —susurró Harry—. Y ya que nos hemos quitado las máscaras, será mejor que le ofrezca un trato.

—Venga ese trato.

—Usted me dice todo lo que sepa sobre Proust, Saccardi y Leone, y yo le digo todo lo que sé sobre el último compinche de éstos.

—¿Qué compinche?

—Había otro número de teléfono, que me llamó la atención —dijo Harry—. Lo tenía, no sólo Proust, sino también Leone Lamborsini. Es el de un tipo que debe estar mezclado de alguna forma en esos espantosos crímenes. Supongo que el último de la lista.

Berthol encendió, a su vez, un cigarrillo, mientras su mirada se hacía más penetrante y más dura.

—Usted gana sabiendo cosas de Proust, porque quizá pueda llegar a aclarar este asunto —dijo, al cabo de unos instantes—. Pero ¿qué gano yo? ¿A mí qué me importa quién sea ese otro pájaro?

Era una buena pregunta. Harry musitó:

—Dos cosas.

—¿Cuáles?

—Una, que le daré todos los datos para que sea usted quien aclare oficialmente la muerte de Proust, una vez esto se resuelva. Semejante propaganda internacional, en un abogado como usted, le proporcionará amplios beneficios.

—Eso podría tener un cierto interés. ¿Cuál es la segunda cosa?

—Dinero, si sus informaciones son interesantes.

—¿Cuánto dinero? ¿Y quién me lo pagaría?

—Pongamos dos mil dólares. Y yo combinaría las cosas de forma que los pagara el Departamento de Estado de Washington, con cargo a sus fondos secretos.

—Dos mil dólares no son plata para mí, amigo Harry.

—Tampoco puedo mejorar gran cosa la oferta. El Departamento de Estado ha gastado sin límite para sostener, por ejemplo, un dictadorzuelo, pero eso era porque convenía a la política exterior del país. Para esta clase de asuntos, de índole criminal, los gastos tienen un tope.

Berthol emitió una risita.

—El trato no me interesa, señor Harry.

—¿Por qué?

—A nadie le vienen mal los dos mil dólares, pero eso no compensa el peligro de quedar subordinado, de algún modo, al Servicio Secreto norteamericano. En segundo lugar, prefiero quedar al margen del asunto Proust. Fue mi cliente y está muerto, ¿no? Pues que lo entierren. Sus suciedades ya no me interesan.

Harry apretó los labios.

Hubo en su mirada un brillo agresivo.

—No se muestra usted muy colaborador, señor Berthol —dijo—. Yo he puesto las cartas boca arriba.

—Y yo también las estoy poniendo, pero las cartas boca arriba no significan que me interese su oferta. De todos modos, le voy a decir una cosa, Harry: se equivoca al decir que no quiero colaborar. Le daré, sobre Proust, los datos que sean, puesto que ya está muerto, y no le perjudico. Ya no es mi cliente.

—Eso significa que ya no le interesa, porque ya no puede pagarle, ¿verdad, señor Berthol?

—Supongamos que es así.

—Supongamos que pienso que eso significa falta de escrúpulos —dijo Harry.

Berthol rió lentamente.

—¿Escrúpulos, mi amigo americano? —musitó—. ¿Cómo puede hablar de escrúpulos, un hombre como usted?

Hizo un leve gesto afirmativo.

—Tiene razón —musitó—. Mierda pura, eso es lo que soy.

—Y lo que, a veces, somos todos. Mire, aquí tiene unos datos sobre las verdaderas actividades de Proust. En esta carpeta figuran parte de sus chanchullos y sus delitos, pero negaré siempre habérsela dado. Si lee lo que hay en ella, verá que se dedicaba a la trata de blancas en gran escala, canalizando artistas y chicas ingenuas hacia los grandes harenes del Golfo Pérsico. Tenía una buena organización, que en El Cairo estaba representada por Normand.

—Eso ya lo sé —susurró Harry, mientras echaba un vistazo al contenido de la carpeta— y lo sé, sobre todo, porque soy el hombre que envió a Normand a hacer vuelo sin motor, desde una ventana del Sheraton. Pero ¿qué relación le unía a Leone y a Saccardi? Ellos no eran mercaderes de carne fresca.

—No. Saccardi era un vulgar «chorizo», que acabó siendo un violador. Leone, un hijo de puta corrompido, se acabó uniendo a él porque le resultaba divertido y porque los dos sacaban, además, alguna plata, a base del chantaje. Pero también acabaron sacando plata, a base de algo más.

—¿Algo más? ¿Qué?

—Sencillo y miserable a la vez, amigo Harry. Algunas de las chicas a las que raptaron, lo mismo en Francia que en Italia, acabaron convertidas en pingajos, después de múltiples y brutales violaciones. Entonces, cuando esas pobres chicas ya habían perdido toda fe en la vida y en la muerte, se las vendían a Proust. Así de sencillo. Proust les daba un pasaporte falso, las instalaba en buenos hoteles, les devolvía un poco la fe, les prometía dinero largo y las pasaportaba a Oriente, sin que se dieran ni cuenta. En el caso de que se pusieran tontas, llegaba a drogarlas ligeramente. Y en el caso extremo de que las pobres se resistieran hasta el límite, las aniquilaba. La historia de más de un cuerpo aparecido en el Sena, tuvo ese trágico principio. Supongo que con Jenny River, pasó eso. Los dos (o quizá alguien más) la raptaron en Francia, la ultrajaron hasta el límite, la vendieron a Proust y, sin embargo, la chica continuó peleando. Entonces le dieron una brutal paliza, la mataron y la arrojaron al Sena, como mercancía inservible.

Así de sencillo.

Harry escuchaba, con los labios apretados en una mueca.

No le cabía duda de que el abogado estaba diciendo la verdad.

Pero a Harry le repugnaba aquel mundo, aquella frialdad, aquel misterio que sólo se podía lavar con sangre.

Musitó:

—Entonces, ¿quién pudo matar a Proust? ¿Y a Leone? ¿Y quién pudo pagar para que Saccardi fuese quemado vivo? Las tres cosas requirieron dinero, poder y organización. Eso no lo hace cualquiera.

Berthol sonrió de una forma meliflua.

—Eso no lo sé, señor Harry —dijo—, pero espero averiguarlo pronto.

—¿Por qué?

—Porque le sacaré dinero al que lo haya hecho. Muchísimo dinero. Y si no le saco todo lo que pienso, les venderé la información a ustedes, los del Departamento de Estado.

Todo dependerá del que me pague el mejor precio.

Harry dijo, entre sus labios apretados:

—Es usted un delicioso hijo de mala madre, señor Berthol.

—¿Y qué? Vivo de eso. Ser un delicioso e inteligente hijo de mala madre, ayuda a ganar plata, señor Harry, mientras los hombres como usted acaban muertos en el mercado de El Khalili, y hasta puede que su hígado, bien cocinado, sea servido en los restaurantes de la zona.

—No le falta razón —musitó el agente secreto.

—Pues ya ve que yo también he puesto las cartas boca arriba, y que le doy información..., sin pedirle nada a cambio. Pero eso significa que usted me debe un favor, señor Harry.

—Y que usted piensa cobrárselo.

Berthol rió, mientras le acompañaba hasta la puerta. —Me encanta la gente que entiende las cosas, señor Harry— musitó—. Eso es..., me encanta la gente con cerebro.

Y se despidió de él.

Harry necesitó tomarse un *whisky* doble en un bar cercano a L'Étoile,

mientras intentaba ordenar sus ideas. No podía negar que la cabeza le daba vueltas. Berthol era un hijo de mala madre, pero, a su manera, era también Un tipo de gran clase, uno de esos hombres con los que no se puede jugar. Con los datos que le había proporcionado, ya tenía, por fin, una idea clara del asunto. Ahora

habría que saber lo que Berthol querría, más tarde, a cambio.

Tomó el Metro hasta la estación de Bir Hakeim y, desde allí, fue a pie al Hilton, donde alquiló otra habitación. En caso necesario, quería tener una segunda base de acción, porque la del hotel Meuribe podía estar ya controlada. Por eso había viajado en el Metro, donde es difícil seguir a alguien.

Desde el Hilton de París, puso una conferencia al otro Hilton, al de El Cairo. Necesitaba saber si Ellen, valiéndose de los mil resortes del Servicio Secreto, había averiguado alguna cosa.

Y la había averiguado.

Ahora, los dos hilos rotos se volvían a unir en una sola pista, una pista que todavía goteaba sangre.

CAPÍTULO V

EL HOMBRE DEL PALAIS ROYAL

Harry se dispuso a descender, cuando el Metro aminoró la marcha, justo al llegar a la estación de Palais. Era el último convoy de la noche, y la estación estaba casi vacía, con un cierto aire de olvido, que la hacía más agradable. Escasamente media docena de personas, iban a subir allí.

Dos de esas personas eran hombres que llevaban gabardinas casi iguales, como si las hubieran comprado en las grandes rebajas de La Samaritaine. Se habían situado uno a un lado de la estación y el otro en el lado opuesto, como si no se conocieran en absoluto. Y, en efecto, al llegar el convoy, no se dirigieron una sola mirada.

Harry tampoco pareció fijarse en ellos. Bajó, tranquilo, con las manos en los bolsillos de su gabardina ligera.

Con aspecto indiferente fue hacia la escalera de salida. Y, de pronto, cambió de dirección bruscamente, avanzando a buena velocidad hacia la puerta que conectaba con las otras líneas del Metro.

Era una prueba repetida en otras ciudades del mundo, en cuanto veía algo que le parecía sospechoso. Si los dos hombres quietes allí no estaban por él, no pasaría nada, porque no había razón para que se fijasen. Pero pasó.

Bruscamente, uno de ellos sacó el arma de uno de sus bolsillos, cuando el Metro ya se disponía a arrancar otra vez.

Hizo una rápida genuflexión.

¡BANG!

La bala atronó el silencio de la estación, mientras los escasos viajeros se lanzaban a tierra, pensando que aquello era una pelea entre argelinos o un ajuste entre bandas. Harry se había pegado

materialmente a la pared, y la bala se cargó un anuncio de un cine erótico de la rué Saint-Denis.

El agente se inclinó hacia un lado un poco, sólo un poco. Lo bastante para que se adelantara su cadera derecha, pues era en aquel bolsillo de su gabardina donde llevaba su «Beretta».

Disparó instantáneamente al centro del cuerpo de su enemigo, donde sabía que no iba a matarle. Necesitaba que aquel tipo quedase vivo para cantar lo que sabía. Y le vio soltar el revólver, mientras lanzaba un grito y daba dos vueltas sobre sí mismo.

Herido como estaba, debió pensar que el mejor sitio para huir era el propio vagón del Metro, que tenía al lado. Pero sólo pudo colar medio cuerpo, mientras las puertas se cerraban, y el convoy arrancaba de nuevo.

El grito de muerte llenó la estación. Alguien tiró instantáneamente del timbre de alarma, pero ya era demasiado tarde. La mitad inferior del cuerpo del pistolero chocó contra la pared del túnel, cuando el vagón entró en él, ganando velocidad. El chasquido fue tan siniestro, que todos los testigos hubieron de cerrar los ojos.

Pero Harry no pudo Ajarse en eso. Quedaba el otro pistolero aún, y ése llevaba también un arma en la mano. Ahora sí que Harry necesitó todo su entrenamiento y toda su rapidez de reflejos para esquivar la nueva bala.

El proyectil patinó junto a la pared, mientras el agente saltaba casi hasta el borde de la vía, dando la sensación de que iba a lanzarse al paso del próximo convoy. Su enemigo quedó desorientado por aquel gesto que no esperaba.

Lanzó una maldición, en el *argot* de los barrios bajos de París.

Y ya no tuvo tiempo para nada más. De pronto, las dos balas le alcanzaron en mitad del pecho. Dos manchas de sangre saltaron a la gabardina, que ya quedó inservible, incluso para las rebajas.

Harry no perdió tiempo. Acababa de matar a dos hombres, y sabía que muy pronto se daría la alarma, y llegarían los gendarmes allí. La única ventaja con que podía contar era que los gendarmes no se darían demasiada prisa, porque aquello tenía todo el aspecto de un ajuste de cuentas entre maleantes. Y la policía, muy razonablemente, siempre deja un margen para que los maleantes se acaben de matar.

Pasando por encima del cadáver de su segundo enemigo, Harry corrió hacia la salida. Nadie le detuvo. Unos momentos después, se encontraba entre el tránsito de la zona del Louvre, que a aquella hora todavía era intenso.

Disimuló lo mejor que pudo en la gabardina el orificio que había causado la bala, al ser disparada desde dentro. Compró un periódico y, fingiendo leerlo, se dirigió a la zona del Palais Royal.

Algunos siglos antes, aquélla había sido una de las zonas galantes de París, donde las damiselas de media virtud se ofrecían, mediante precio, a los caballeros que pensaban dejarlas sin virtud ninguna. Ahora aún circulaban algunas despistadas por allí, pero ya no era lo mismo. Los precios que pedían le dejaban a uno mudo.

Y Harry no había ido a buscar mujeres al Palais Royal. Lo que buscaba era una determinada casa.

La encontró, sin esfuerzo. Era un edificio de piedra, de finales del siglo XVIII, de los que aún abundan en París, y que, en parte, están siendo reconstruidos para albergar despachos de gran lujo. Pero la casa en que el agente americano entró, no había sido reconstruida por nadie, ni quizá lo sería nunca. Al contrario, presentaba unas grietas que ya debían venir del tiempo de la guerra franco-prusiana.

El agente subió hasta el segundo piso.

Una puerta cerrada.

Una llave falsa.

¡Chask! No hubo problemas.

Harry había abierto tantas puertas en su vida, que rara era la que se le resistía. Y pensó entonces que, con un poco de suerte, iba a atrapar al pájaro en su jaula.

Pero se equivocaba. Todo estaba revuelto, y dando la sensación de que el pájaro acababa de huir. Incluso había sillas tiradas por el suelo. Algún cuadro de mujeres desnudas, que antes había adornado las paredes, también estaba en tierra, como si alguien hubiera intentado destruir todo aquello, a golpes, antes de largarse de allí.

Mirando en torno suyo, el agente se dio cuenta de que las habitaciones habían sido una especie de nidito de amor. Los detalles, los cuadros, los divanes, las alfombras, indicaban que allí la gente no venía a hablar del impuesto sobre la renta, sino de todo lo contrario.

Seguro que la cantidad de señoritas que habían estado allí, con las piernas al aire no cabía en un libro.

Harry ahogó una maldición. Al ver a los dos pistoleros en la estación del Metro, ya se había imaginado que iba a tener mala suerte, pero hasta aquel mismo minuto aún había confiado en llegar a tiempo. Ahora se daba cuenta de que acababa de dar un paso inútil.

Empujó, entonces, la puerta de la otra habitación.

Había allí una cama estilo Imperio, donde hubiesen quedado muy bien dos señoritas desnudas, esperándole a uno.

Pero, narices. El que le estaba esperando allí, a uno, era un tío gordo.

Berthol, tendido en la cama, susurró:

—¿Qué? ¿Le gusto?

—Es usted irresistible, Berthol —contestó Harry, lanzando un suspiro—. Creo que le voy a hacer el amor, de un momento a otro.

—Entonces, permítame que salga de la cama. No he tomado la píldora.

—Ah...

Y Harry tomó asiento en una de las butacas tapizadas en seda. Su cara parecía, de pronto, Un bloque de piedra.

—¿Por qué? —preguntó.

—Sencillo. Le he seguido.

—No puede haberme seguido, Berthol, puesto que usted ha llegado antes que yo.

—No quiero decir que le haya seguido aquí, Harry. En ese caso, tendría razón: hubiese podido llegar antes que usted.

—¿Pues adónde me siguió?

—Al París Hilton.

Harry lanzó un suspiro.

Bueno, con aquel tipo estaba encontrando la horma de su zapato. Era listo y decidido. Se las sabía todas.

—Muy inteligente la idea de no llamar desde el hotel Meurice —dijo Berthol, mientras encendía un cigarrillo, con su lujoso mechero de oro macizo—, porque usted podía sospechar que allí habían colocado un micro. ¿Quién? Pues quién sabe si el propio Ronier, pues al Servicio Secreto francés le encanta saber cosas del Servicio Secreto norteamericano. El caso fue que se instaló en el Hilton, y

llamó desde allí. Perfecto. Pero yo tenía hombres tras sus pasos.

—¿Para qué, Berthol?

—Deje que continúe. No hay línea directa entre París y El Cairo. Quiero decir que debe intervenir necesariamente la telefonista del hotel. Y si a una telefonista de hotel se le dan quinientos francos, no suele tener gran inconveniente en dar datos sobre la conversación que ha oído. Las telefonistas son conmovedoras.

Harry se mordió el labio inferior.

—Siga desembuchando —dijo.

—Bien... La chica nos dio algunos datos sobre lo que habían hablado usted y su amiga de El Cairo. Lamento que no recordara el nombre de esa amiga.

—Ellen —musitó Harry.

—Gracias, muy amable. Ellen... Por lo visto, ella había estado moviendo, por encargo de usted, a varios peones del Servicio Secreto norteamericano en Europa. Éstos, partiendo de un número de teléfono que usted poseía, dieron con el otro miembro del grupo de Saccardi y Leone. Se trataba de un hermoso macho alemán, llamado Kust. Por lo visto, vivía de conquistar mujeres y traerlas aquí, sacándoles la «pasta» que podía. Y en cuanto alguna de ellas era un poco tonta, se la acababa vendiendo también a Proust. Ése era el nexo de unión con el grupo.

—Admirable —gruñó Harry—. Eso fue, justamente, lo que Ellen me dijo. Pero lo que no me dijo fue que Kust tenía buenas relaciones con el hampa de París, y que la muerte de Proust le había puesto en estado de alerta. El resultado era que sabía quién era yo, y vigilaba las posibles vías de acceso a esta casa.

El abogado rió.

—¿Es que ha tenido usted algún tropiezo, mi querido amigo americano?

—Dos pistoleros, en la estación del Metro —explicó Harry.

—¿Gente de calidad?

—No. Basura, Matones baratos.

—Descansen en paz. Porque los matones baratos también tienen derecho a la salvación eterna, mi querido amigo americano. Supongo que los ha «trincado».

—Con un poco de suerte, Berthol, aún podría usted untar pan en sus restos.

El abogado volvió a reír.

—Cuando era joven, me encantaba untar pan en las tripas de los muertos —dijo—, pero, desde que empecé a poder pagarme cenas en

Maxim's,

mis gustos se refinaron bastante. —Y añadió—: Bueno... Parece que Kust ha emprendido el vuelo. Ahora cualquiera sabe dónde puede estar.

—En cualquier tugurio de París. Será difícil dar con él —dijo Harry.

—Pero supongo que usted va a intentarlo...

—Sí... Y voy a intentarlo solo y a mi manera, Berthol. No vuelva a meterse en este asunto nunca más. No le necesito para una puñetera mierda.

—Pero yo sí a usted, mi querido amigo americano. Si descubro lo que hay detrás de esa red, puedo ganar muchísimo dinero, ya se lo dije. Lo mismo me da hacerle chantaje al culpable, que venderles la información a ustedes, si me la pagan mejor. Lo que no quiero es dejar el asunto, ahora que lo he empezado. Un pobre abogado, como yo, tiene muchísimos gastos.

—Me da usted asco, Berthol.

—¿Porque intento ganar plata? ¿No intentan, también, ganar plata los obreros de la «Renault» o la «Citroën», y no dan asco a nadie? Al contrario, ¿no dicen que lo hacen en nombre de la justicia social?

—Me da asco, Berthol, porque nadie puede fiarse de usted.

El abogado volvió a reír.

—Bueno —dijo—, busque a Kust. Yo también lo buscaré a mi manera.

Y fue hacia la puerta, como si no hubiese nada más que hablar. Pero cuando ya iba a salir, Harry le detuvo, con unas secas palabras:

—De todos modos, puede que yo tenga que acudir a la policía francesa, Berthol. Aún no he hablado con Ronier de esto, pero quizá necesite hacerlo.

Berthol se volvió en redondo.

—Ronier no me tiene simpatía, ni yo a él —dijo—. Maldita la gracia que me haría encontrármelo. Pero ¿para qué puede necesitar

hablar con él?

—Para pedirle ayuda.

—¿Ayuda de qué? Si piensa en esos dos a los que liquidó en la estación del Metro, olvídense de ellos. Si la policía llega a buscar al que los mató, será para darle un premio.

—No es eso, Berthol. Es que hay alguien que puede saber muchas cosas sobre Jenny River, y las personas que la frecuentaron en sus últimos días. Y ese alguien podría, por tanto, correr peligro. Quizá convenga que la policía le dé protección.

El abogado hizo una mueca.

—¿A quién se refiere? —preguntó.

—A la hermana gemela de Jenny.

—¿Su hermana ge... gemela?

—Sí.

—¿Cómo sabe que existe?

—¡No me paso el día durmiendo, Berthol! Hago averiguaciones.

—¿Y dónde vive esa hermana gemela?

—¿Por qué? ¿Quiere protegerla usted?

—Narices. No es mi trabajo.

—Pues, entonces, olvídense de lo que le he dicho, Berthol. Y en todo caso, recuerde solamente que la policía oficial tiene menos paciencia que yo.

Berthol lanzó un gruñido ininteligible. Luego salió.

Harry hizo una mueca, mientras encendía un cigarrillo, con movimientos calmosos, y empezaba a revolver la habitación de Kust. Necesitaba encontrar una pista.

Estuvo moviéndolo todo, y enviando las cosas por los aires, hasta pasada la medianoche.

CAPÍTULO VI

VUELA, PAJARITO, VUELA

Pasada la medianoche, ya tenía algunos indicios para seguir trabajando. Esas pistas consistían en una serie de fichas de una casa de juego, llamada Leo Bruer, en el bulevar de Clichy, y, una tarjeta de crédito del club Étoile, situado en lo mejorcito de la Avenue George V.

Harry decidió empezar por la casa de juego. Hasta las tres de la madrugada, sería buena hora para dejarse caer por allí. En cuanto al club, era muy posible que tampoco cerrase hasta esa hora.

Tomó un taxi, y se hizo conducir al centro del París canalla.
Bulevar de Clichy.

Bares para emigrantes tunecinos. Salas donde uno puede contar los pelos del sexo de las artistas. Chicas que dicen educadamente en una esquina: «*Monsieur...*». Matones que esperan. Cines con películas en las que el yerno, en el colmo de la armonía familiar, se mete en la cama con la mujer y la suegra. Estupenda combinación. Familia que se acuesta unida, permanece unida.

Buen sitio para husmear, pasada la medianoche.

Buen sitio para un tío como Harry, que acababa de dejar a dos hombres secos en la estación de Palais Royal.

Fue a la casa de juego. Había imaginado ya que sería una casa más o menos tolerada, desde el momento en que el nombre estaba impreso en las fichas. Posiblemente, se jugaba allí al bingo, pero más al interior, debía haber salas donde la gente atizaba a los billetes, mucho más fuerte.

Pero últimamente debían haber abusado, porque la casa estaba clausurada por la «bofia». Quizá era ésa la explicación de que Kust tuviera unas fichas por cobrar, ya que, a causa del cierre, no había

podido hacerlas efectivas, en caja.

Primera pista, que se iba al diablo.

Quedaba la segunda. Harry fue a la Avenue George V.

Al club se entraba por un bar, pero antes había que enseñar la tarjeta de crédito. Por lo que pudo ver Harry, la cosa era para iniciados exclusivamente. Quizá se trataba de alta prostitución, pero lo cierto era que allí no entraba cualquiera.

El agente vio una gran sala, elegantemente decorada en madera y piel, que tenía todo el aspecto de un elegante club inglés.

Había un magnífico bar. Y el ambiente era la mar de tranquilo, porque elegantes hombres y mujeres, de todas las edades, bailaban en una pequeña pista, charlaban amigablemente o se iban por un pasillo hacia las habitaciones que había al fondo. Harry, con la mayor naturalidad, pidió un *bourbon*, se puso un cigarrillo entre los labios, y se sentó en una de las butacas de piel.

La mujer vino en seguida hacía, él.

Contaría unos treinta y cinco muy bien llevados.

Vestía con la elegancia de una burguesa de París, y tenía esa expresión levemente ansiosa de las casadas que querrían tener cinco orgasmos por noche, mientras que el marido no les proporciona ni uno.

—Tú eres nuevo —susurró.

Harry, que hablaba impecablemente el francés, le sonrió.

—Acabado de estrenar —dijo.

—¿Americano?

—¿Se me nota?

—Cuando era soltera, tuve un jefe americano —suspiró la mujer—. El acento es inconfundible. —Y añadió—: Fue el único hombre que me ha dado gusto, en la cama, de todos los que he conocido.

—Pues también es mala suerte... —musitó Harry.

La mujer le miraba con extraordinaria fijeza. Era una devoradora de tíos, de eso no cabía duda.

—¿Tú qué...? —preguntó ella.

—¿Que de qué?

—Si también sabes dar gusto en la cama a una mujer.

Harry la miró por encima del borde del vaso.

—Vas a lo directo, nena —musitó.

—¿Y por qué no ir a lo directo? La vida es breve. Y supongo que

tú sabes también lo que es esto, porque, de lo contrario, no te habrían dado la tarjeta de crédito, que equivale al pase.

—Claro que lo sé —explicó Harry con voz opaca—. Un club que está regido por un empresario inteligente. Los socios son hombres ansiosos de sexo, y las socias son mujeres ansiosas de sexo. Pagan una elevada cuota, porque el ambiente es distinguido, y además, se dejan sus buenos billetes en la barra, pero saben que no se irán a la cama solos, si se dan una vuelta por aquí. Raro es el día que un «cachondo» no se entiende con una «cachonda», aunque uno no sea exactamente el tipo del otro. Y, bien mirado, el asunto sale económico, porque se puede venir aquí todos los días, y la pareja no cobra.

La mujer susurró:

—Acertaste, amor. Hay bastantes clubs como éste, repartidos en las buenas ciudades de Europa. Y ahora que nos conocemos, ¿qué vamos a hacer? Te advierto que conmigo no te aburrirás. Soy una hiena.

Harry chascó dos dedos.

Bueno, quizá ella conocería a Kust. Podía ser una fuente de información tan buena como cualquier otra.

La estrecharía a preguntas, en la cama.

Ella conocía el terreno. Avanzaron a lo largo del pasillo.

La hiena dijo:

—Esta habitación es la que me gusta.

Pero, en aquel momento, los dos tipos surgieron desde las sombras. Eran altos como torres, y cuadrados como bloques de acero. Aunque no llevaban armas visibles, Harry notó las fundas axilares a través de la tela de los trajes, como ellos notaron la suya.

—El jefe tendrá mucho interés en hablar con usted —dijo uno de aquellos tipos—. Es allí, en el despacho.

La mujer protestó:

—¡Oigan, gorilas de mierda! ¡El y yo somos socios del club! ¡Tenemos nuestros derechos!

—No se preocupe. En seguida se lo devolveremos, señora Cotty. Y en buen uso.

—Le esperaré —declaró la finísima dama.

—Claro... —musitó Harry—. Vete desnudando, nena.

Y entró en el despacho. Era él quien más interés tenía en

hacerlo.

No había otro sitio mejor para conseguir informes sobre Kust.

Y entonces la vio, cuando dos gorilas se colocaron uno a cada lado. Entonces vio sus piernas largas y macizas, sus medias tentación, su blusa que estallaba, sus ojos voraces, de mujer que sabe lo que quiere.

La preciosa mujer se despegó de la butaca de piel, en que estaba lascivamente sentada.

—¿Es éste? —preguntó.

—Sí —dijo uno de los gorilas—. Éste es el que ha entrado con una tarjeta de crédito falsa. Desde el bar, nos avisaron.

—¿Una tarjeta de crédito falsa? ¿Y por qué? —susurró la mujer, mientras daba una vuelta en torno a Harry, como un felino—. Mi club es un sitio serio y honrado, muchacho, y en cambio, tú eres un «chorizo» de mala muerte. Aquí elegimos a la gente con mucho cuidado, de modo que no queremos intrusos. Si lo que pretendes es aprovecharte de la situación, te juro que vas a pagarlo.

—Cuidado —advirtió uno de los gorilas—. Va armado. Este tipo no me gusta.

—¿Armado? —preguntó burlonamente ella—. Está bien, quitadle la artillería.

Las manos de los dos hombres se movieron a la vez. Harry comprendió que se limitarían a echarle de allí, después de darle una buena paliza, lo cual no le importaba demasiado, a fin de cuentas. Todo oficio tiene sus riesgos. Pero eso significaba que se tendría que largar de allí, sin saber nada de Kust, y el no saber nada de Kust era lo único que no estaba dispuesto a admitir.

De modo que sus dos manos se movieron a la vez.

Lo hizo instantáneamente.

¡CLAK! ¡CASK!

Mientras las manos de los dos gorilas iban hacia su funda axilar, Harry les clavó los dos puños en las partes bajas de su vientre. Ambos se echaron hacia adelante, gimiendo, con la sensación de que acababan de caparlos a los dos a la vez.

Y Harry alzó las dos manos también al mismo tiempo, y las dejó caer de canto, con la fuerza de dos guillotinas.

¡PLACK! ¡CROCK!

Los impactos en las nucas habían sido fulminantes. Los dos

gorilas vacilaron a la vez, sin darse cuenta aún de lo que pasaba, sin comprender que estaban ante una auténtica ametralladora humana.

Uno de ellos intentó mantenerse en pie.

Llevó la derecha a su funda axilar.

Tuvo la sensación de que era el último movimiento que hacía en su vida.

Porque el gancho de Harry lo envió dando una vuelta de campana por encima de la mesa, dejando a la dueña del club el tiempo justo para apartarse. En cuanto al otro gorila, intentó pedir ayuda, yendo hacia la puerta, pero ya no llegó a ella. Un golpe plano en los riñones le obligó a girarse. Un seco cruzado a la mandíbula lo envió, sin sentido, contra la butaca donde antes había estado la chica.

Harry se volvió.

Sabía que ella ya habría tenido tiempo de sacar un arma.

Y, en efecto, tenía nada menos que una «Luger» en su mano derecha. La mirada, fija como la de una serpiente, estaba clavada en los ojos de Harry.

—Vete, hijo de puta —masculló—. Vete o te pongo un adorno de plomo en un sitio que te puedes imaginar.

—Me sabría mal sólo por una cosa —dijo Harry.

—¿Por qué?

—Porque me romperías la cremallera de la bragueta.

Ella echó la cabeza para atrás, desconcertada. No entendía a qué clase de tipo acababa de enfrentarse. Mientras sus dientes rechinaban, oyó que Harry añadía, tranquilamente:

—Me temo que no me has acabado de entender, nena.

—¿Qué es... lo que buscas aquí?

—He venido en son de paz. Sólo quiero saber dónde puedo encontrar al hombre a quien pertenecía esta tarjeta de crédito. Por lo demás, no tengo nada contra ninguno de vosotros. Son estos gorilas los que han perdido los nervios tontamente.

—¿La tarjeta? ¿De quién es? ¿Sabes su nombre, o necesitamos mirar en el fichero?

—No hace falta. Kust.

—Kust —dijo ella, entre sus dientes apretados—, es un cerdo.

—¿Lo conoces?

—Le dimos la tarjeta de crédito, y le admitimos como socio

porque era una forma de tenerlo controlado. Nos podía hacer más daño desde fuera que desde dentro.

—Lo entiendo. ¿Pescaba viejas aquí?

—Sí, y les hacía pagar sus... favores. Era uno de sus campos de acción.

—¿Dónde está ahora? Y no me hables de su piso del Palais Royal porque vengo de allí. Y había volado, el pájaro.

La preciosa mujer bisbiseó:

—¿Vas a cargártelo?

—Si puedo, sí.

—Pues si es para eso, te daré la dirección de su escondite. Sólo yo lo sé. Y además, le das de mi parte una patada en el testículo izquierdo.

—¿Y si le provoco un aborto?

—Me gustas, campeón —dijo—. ¿Cómo te llamas?

—Bart.

—Yo, Janine.

—Encantado. Ni yo me llamo Bart ni tú Janine, pero eso poco importa. Dime dónde puedo encontrar a ese buitro.

—219 Boulevard des Invalides. Está muy cerca de la torre Eiffel. Es un apartamento en el último piso.

—*Okay*. Gracias, muñeca.

—¿Tienes trabajo?

—Aparte lo de Kust, tengo una dama ahí fuera, a la que debo contentar. No puedo desengañarla.

—Eso iría en desprestigio del club —musitó la dueña—. Atiéndela.

Harry hizo una leve inclinación de cabeza.

—Las damas serán mi perdición —dijo.

Y salió.

La amiguita estaba con la puerta de la habitación abierta. Era verdad lo de que ya se estaba desnudando. No quería perder tiempo.

Harry musitó:

—El tiempo es oro. Buena chica.

Y fue a cerrar, porque esas cosas se tienen que hacer en privado. Pero antes de que tocara el pomo, una voz dijo a su espalda:

—¿Permiso...?

Harry se volvió.

La dueña del club estaba allí.

También se desabrochaba la blusa.

—Supongo que estás en forma —dijo—. Lo vas a necesitar. Habrá trabajo.

Claro que habría trabajo...

Y cerró lentamente.

Desde luego, Harry no se encontraba demasiado entero al salir de allí, pero se reanimó al saber que estaba ya sobre la pista segura que le llevaría a Kust. Tomó un taxi en los Champs Elysées y le dio la dirección que en el club le habían facilitado, mientras comprobaba disimuladamente la carga de su «Beretta».

Todo perfecto.

Su mirada, que minutos antes era casi amable, volvía a tener aquella luz helada, que daba a su rostro una apariencia de estatua.

Se detuvo a una cuadra de distancia del sitio que buscaba. Encontró abierto el portal. La casa constaba de cinco pisos, íntegramente dedicados a despachos, y era ya vieja, pero estaba muy bien conservada. El hecho de que fuese un edificio comercial significaba que a aquella hora no habría nadie, excepto el pájaro al cual Harry había ido a buscar. Un pájaro que no le esperaba y al que encontraría en el nidito mientras estaba poniendo el huevo.

Pero confió demasiado en eso. No se dio cuenta de que Kust podía estar alerta al máximo, después de saber que dos de sus compinches habían muerto, porque ya la radio habría dado la noticia de lo ocurrido en la estación del Metro de Palais. Harry no pensó que su enemigo era ahora una auténtica fiera acosada, y que estaba dispuesto a todo.

La bala disparada desde el último piso, mientras él subía las escaleras velozmente, le sacó de su error. El plomo le rozó la oreja derecha, rebotó en la pared y se convirtió en esquirlas, una de las cuales le produjo un arañazo en la nuca. La detonación retumbó en toda la escalera, como un trueno.

Harry saltó cuatro peldaños de golpe, mientras se pegaba a la pared. Su cuerpo recorrió el espacio como una flecha, al tiempo que Kust, desde arriba, disparaba dos veces más, lanzando un grito de rabia. El recodo de la escalera hizo que ya no viera más a Harry, que siguió ascendiendo.

Kust se dio cuenta de que no tenía escapatoria hacia la calle, y que sólo le quedaba un hipotético camino de huida: el tejado de la casa. Desde allí, quizá podría saltar al edificio colindante, y emprender la fuga.

Subió con la velocidad de un gamo. Harry fue tras él.

—¡Entrégate! —gritó—. ¡No tienes ninguna posibilidad de huir! ¡Ríndete, maldito!

Kust pensaba en cualquier cosa menos en rendirse. En sus ojos, desencajados, aún brillaba la esperanza. Llegó al tejado, mientras oía, un piso más abajo, las pisadas de su enemigo.

Una vez allí, rodó por tierra para esconderse mejor. Llevaba ropas negras, y eso le permitía confundirse entre las sombras. Únicamente su revólver era de color claro, y eso brilló a la luz de la luna.

El brillo fue la señal de alerta para Harry.

Se pegó instantáneamente a un lado de la puerta, mientras Kust disparaba. La bala se llevó estruendosamente una parte de la madera de la jamba.

¡BAAAANG!

Harry había disparado también. Ahora tiraba a matar. Se oyó un grito, mientras Kust se pegaba a la baranda, sabiendo que no tenía escapatoria.

Ya estaba listo. Harry sabía que ya era suyo.

También él saltó entre las sombras, mientras sujetaba la pistola con ambas manos para asegurar mejor la puntería. La bala arrancó pelo de la cabeza de Kust, quien lanzó un grito de horror, mientras lograba ocultarse tras la estructura de la chimenea.

—¡Entrégate, Kust, hijo de perra! ¡Sal con los brazos en alto! ¡Nadie te va a salvar!

Eso era seguro... Nadie le iba a salvar. Pero, de pronto, ocurrió lo inconcebible. Los ojos de Harry se desencajaron.

No lo entendía.

La mole del helicóptero estaba materialmente sobre su cabeza. Le agitaba el pelo con el aire de las aspas en movimiento. Daba la sensación de que había sido parido por las propias sombras de la noche.

Incluso a Harry le pareció que aquello era una alucinación.

Pero no, no lo era. El helicóptero estaba allí..., ¡y de él

descendía un cable! ¡Iban a rescatar a Kust! ¡Se disponían a salvarlo!

Pero ¿quién?

¡ERA IMPOSIBLE!

Harry lanzó una maldición, mientras sus dientes rechinaban.

Disparó dos veces.

Y normalmente, hubiera hecho blanco en el bulto humano que se elevaba por los aires, porque la luz de la luna arrojaba una claridad perfecta, pero la estructura de la chimenea tapaba casi por completo la figura que se elevaba por los aires. Kust, como era natural, se había sujetado con todas sus fuerzas al cable y a aquella salvación que le llegaba del cielo.

Se remontó en el espacio. El helicóptero subía ahora con tanta rapidez que en pocos segundos se lo tragó la distancia.

La maldición de Harry debió oírse hasta en la cercana torre Eiffel, cuya mole dominaba el paisaje. Volvió a apuntar con las dos manos, afinando al máximo la puntería, pero las balas se perdieron en el vacío. Sabía perfectamente que una pistola de calibre corto no tiene maldita la precisión, a partir de los ochenta-cien metros.

Su enemigo desapareció.

¡Lo habían salvado!

¡Alguien, que tenía dinero y poder, le había devuelto la vida!
¡Alguien que tenía el mismo dinero y el mismo poder que el que sembró la muerte en aquel ático de Roma!

Harry se tragó su propia maldición.

Estaba fuera de sí.

Jamás se había encontrado con una situación semejante, con que una presa se le escapara por los aires, de aquel modo.

Pero las cosas inconcebibles no habían hecho más que empezar a suceder.

Porque entonces ocurrió algo, que heló la sangre en las venas a Harry.

Porque la luz de la luna le permitió ver lo que estaba haciendo el extraño helicóptero.

No elevaba a Kust. Al contrario, lo mantenía a la misma altura, colgado del cable al que se asía con todas sus fuerzas.

¡Y se acercaba a la torre Eiffel!

¡Se acercaba demasiado! ¡Cada vez más!

¡Más!

¡MAS!

En el último instante, el aparato dio un rápido giro, pero el hombre que colgaba de él se estrelló contra la estructura metálica. A la velocidad que iba, todo el cuerpo de Kust debió partirse en pedazos.

Harry hubo de cerrar un momento los ojos.

Un accidente idiota.

Casi increíble.

¿Accidente?

Pero entonces... ¿por qué el helicóptero volvía a la torre?

¿Qué infiernos pasaba?

Pese a la distancia, relativamente grande, Harry pudo ver a la perfección lo que iba a suceder. Pese a tener el cuerpo medio destrozado, Kust aún se mantenía pegado al cable y aguantaba..., aguantaba... ¡AGUANTABA!

El segundo impacto lo deshizo materialmente.

Sus huesos se partieron en bloque. Pedazos de carne salieron despedidos. La sangre llegó a proyectarse en el suelo, como una fina lluvia.

Los restos quedaron aplastados sobre la torre, pegados a ella.

Un pequeño sector del andamiaje se fue volviendo lentamente rojo.

Y entonces el helicóptero se alejó velozmente, dando una ágil vuelta sobre los tejados de pizarra de París.

Se lo tragó el misterio.

Se lo tragó la noche.

CAPÍTULO VII

UNA CARA EN LA NIEBLA

Harry se fijó en que Berthol llevaba un abrigo de la mejor calidad, un abrigo de vicuña, comprado seguramente en Hong Kong, y que al avanzar movía, de un modo negligente, su bastón con empuñadura de oro. Incluso allí, en aquel ambiente sórdido del depósito de cadáveres, parecía el presidente de la República, que viene a hacer una visita.

También debía haber dado generosas propinas, porque el auxiliar del forense se apresuró a retirar la sábana que pocos minutos antes había retirado también para Harry. El abogado miró aquella especie de picadillo humano que estaba extendido sobre la mesa, y luego se puso en los labios, pensativamente, un cigarrillo «Abdullah».

—Me he enterado por la televisión —dijo—. Lo han dado en el primer boletín de noticias, de la mañana.

—También algún periódico ha hecho una edición especial con el suceso —murmuró Harry—. Creo que, en todo París, no se habla, hoy, de otra cosa. Y sin embargo...

Berthol sonrió ladinamente.

—Sé lo que está pensando, mi querido amigo americano —dijo—. Y, sin embargo, un tipo como Kust no merece que nadie hable de él. Olvido eterno para sus restos, después de que ha reventado.

—Ha debido ser una muerte divertida —susurró Harry—. ¿Usted iba tras él?

—Iba a matarlo —bisbiseó el agente.

—Y en el primer momento, debió pensar que iban a salvarle...

—Sí.

—Pues ya ve. La vida tiene cada sorpresa que tumba de

espaldas.

—¿Sabe quién lo ha hecho, Berthol?

—¿Yo? ¿Por qué iba a saberlo?

Harry se encogió de hombros con una sonrisa.

—No sé —dijo—. Quizá porque usted lo sabe todo.

—Se equivoca, amigo. Yo ignoro una montaña de cosas, como por ejemplo que Jenny tenía una hermana melliza.

—Ah, sí... Lo había olvidado.

—¿No dijo que había que protegerla? ¿Cómo lo ha podido olvidar, entonces? —No se trata de eso. He querido decir que hay cosas más urgentes que otras— musitó Harry.

—¿No cree que esa muchacha debería salir del país? —bisbiseó el abogado, mientras daba otra chupada a su «Abdullah».

—¿Por qué?

—No sé... Es, quizá, una sensación confusa, pero no me la acabo de quitar de encima. Ya ha visto que Kust tenía buenos amigos... Pero ¿por qué no hablamos fuera? Este ambiente me molesta, ¿sabe? Me revienta. Y lo peor es que luego tengo que ir a comer, y nada me hace buen provecho.

Harry se encogió de hombros, con un gesto de asentimiento. Los dos salieron de aquel fúnebre recinto, y se detuvieron cerca de las escalinatas, a las que llegaba un sol tibio.

Muy cerca de allí destacaba la mole de Notre Dame, rodeada de turistas, que la convertían en la iglesia más fotografiada del mundo.

—Le estaba diciendo que quizá convenga sacar a esa chica de la ciudad —bisbiseó el abogado—. Esa hermana gemela de Jenny River... ¿Cómo se llama? No recuerdo que me lo haya dicho.

—No se lo he dicho aún, Berthol. Se llama Anne.

—¿Dónde vive?

—Más vale que no se meta en esto, Berthol. Es asunto mío.

—Lo sé, pero quiero evitar que esa muchacha muera también. Le estaba diciendo que Kust tenía buenos amigos, ¿no? Pues se lo repito. Después de ver que todo el grupo ha sido eliminado, pueden pensar que Anne River tiene algo que ver con ese sucio asunto, y desear vengarse de ella, como pueden desear vengarse de usted. Personalmente, no me importa que usted reviente, Harry, pero me fastidiaría bastante saber que ha reventado otra mujer bonita. Es una simple cuestión de buen gusto.

Harry le miró fijamente.

—¿Usted gastaría dinero en impedir que esa chica muriese, Berthol?

—Sí. El dinero me sobra.

—Para ser un abogado, que vive de los chanchullos, se ha vuelto usted muy humanitario, Berthol.

—Ya le dije que es simple cuestión de buen gusto.

Harry chascó dos dedos.

—Si usted consigue que se largue, yo no tengo inconveniente —dijo—, pero antes pregúnteselo a ella.

—Claro que se lo preguntaré.

—Pues en ese caso, tome la dirección. Es en el Boulevard Saint-Antoine, muy cerca del Metro de Nation, en una casa del viejo París. La muchacha trabaja durante el día, y suele estar allí solo por la noche.

El abogado anotó mentalmente la dirección que le enseñaban. Dio en aquel momento la sensación de que su memoria era una computadora, de la que no se borraba nunca nada. Luego murmuró:

—Gracias, ha hecho una buena obra.

Y fue a alejarse de allí. Harry preguntó:

—¿Adónde va?

—A comprar pan. Lo necesito para untarlo en la tripa del muerto.

Y se alejó en su lujoso «Mercedes». No le faltaba más que un chófer negro y una masajista negra para que le acariciase mientras tanto.

Aunque la masajista negra quizá la tuviera, después de todo.

Harry le vio perderse entre la circulación con una mezcla de burla y de envidia.

El hombre grueso, bien vestido, dejó el coche en la gran Place de la Nation, ya en los confines de París, e hizo a pie, entre el intenso tránsito, el trecho que le faltaba para llegar hasta el Boulevard Saint-Antoine. Pese a lo avanzado de la hora, aún había mucha gente que entraba en la capital y salía de ella. Toda la zona, con sus miles de luces, que la cruzaban continuamente, daba una sensación de vorágine.

Pero aquel hombre parecía muy tranquilo, mientras se metía en la arteria que forma el nervio del viejo París, la que lleva en línea

recta a la Place de la Bastille. Allí, entre casas que tenían trescientos años, tiendas de muebles y bares abigarrados, fue mirando cuidadosamente los números para dar con la dirección de Anne.

No tardó en encontrarla. Era un edificio estrecho y alto, que formaba esquina con un callejón. Tenía un cierto aspecto de hotelucho, que pocos años antes ha sufrido reformas. La entrada, sin embargo, seguía siendo angosta, y parecía como si dos personas no pudieran pasar por ella.

Al fondo había un mostrador y, tras él, un tipo macilento, que ordenaba llaves en un tablero. Berthol vio entonces que no se había equivocado en su primera impresión, porque aquello no era una casa de vecinos. Se trataba de un hotel, aunque en otra ciudad no hubiera merecido ese nombre. Pero en París, todo pasa.

Fue hacia el tipo que estaba detrás del mostrador.

—Soy Berthol, abogado —dijo—. Ésta es mi tarjeta.

Y puso, sobre la madera, un billete de cien francos.

El sujeto macilento farfulló:

—Es una buena tarjeta, señor Berthol. Y perfectamente impresa.

—Quizá pueda darle otra.

—Me encanta coleccionar tarjetas. ¿Qué es lo que desea?

—Aquí vive una señorita llamada Anne River. Me han dicho que, a esta hora, la puedo encontrar.

—Es posible, señor Berthol, pero...

—¿Pero qué?

—No es lo que usted piensa.

—¿Cómo sabe lo que pienso? —preguntó el recién venido, mientras se ponía otro «Abdullah» entre sus labios gordezuelos.

—Lo que mucha gente, que ha preguntado por ella. Como la ven vivir en este ambiente, creen que es...

—¿Una pequeña zorra?

El hombre macilento dejó que en sus labios flotase una sonrisa de ruñan, mientras musitaba:

—Aquí vienen muchas pequeñas y grandes zorras, señor Berthol. Esto es, al fin y al cabo, un *meublé*, un hotel para parejas. Pero aunque esa chica vive aquí, desde hace años, es perfectamente decente. No la confunda.

—Nadie ha dicho que la haya confundido. Sólo quiero hablar con ella.

—Le daré el número de su habitación, si me promete no armar ningún escándalo, señor... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

El abogado le pasó otro billete. El del *meublé* bisbiseó:

—Último piso. Habitación seis. Pero oiga...

—¿Qué?

—¿Es ésta?

Y le mostró un retrato. Era la cara de una chica tomada en una tarde de niebla, pero tenía calidad. Era una fotografía dulce y poética, digna de un concurso.

Las manos del visitante temblaron un momento. Luego bisbiseó:

—Sí, es ella, Y guardó la foto.

Igual que Jenny River.

Clavada.

Bueno, eso nada tenía de extraño, puesto que, al fin y al cabo, se trataba de hermanas gemelas.

No había ascensor. El hombre subió pesadamente, mientras crujían las escaleras de madera que parecían tener más de un siglo.

Llegó al último piso.

Habitación seis.

Entró de golpe, sin llamar.

En esos casos, lo mejor es la sorpresa.

Pero la sorpresa la tuvo él. Sintió que los pies se le quedaban clavados en el umbral. Hubo una brusca contracción en su boca.

CAPÍTULO VIII

LO SIENTO POR TI, QUERIDO HARRY

Harry, que estaba en la cama abrazando a la mujer, se levantó de golpe, mientras ella caía pesadamente sobre la almohada. Como estaba vestido, no hubo en aquel gesto nada de especial, mientras que si llega a estar desnudo, hubiera sido otra cosa. En cuanto a la preciosa mujer, sí que estaba casi desnuda del todo, conservando tan sólo un par de prendas íntimas.

El visitante se quedó atónito mirando aquella escena. No lo entendía bien. La mujer era preciosa, y al mismo tiempo espectacular, pero apenas se fijó en ella. La sorpresa había sido tan grande que, por un instante, le impidió reaccionar. Mientras cerraba la puerta a su espalda, susurró:

—Pero ¿qué hace aquí, maldito hijo de perra americano?

Harry se disculpó con un gesto.

—Ya lo ve: hago el amor —susurró.

—¿Precisamente en este hotel?

—Soy cliente habitual —dijo Harry con voz opaca—. Por eso sé que Anne vive aquí. ¿O por qué piensa que lo sé? ¿Por inspiración del Espíritu Santo?

—Pues la mujer que tiene en la cama no es de las que se encuentran por este barrio. Y de mujeres entiendo.

—Claro que no es de las que se encuentran por este barrio —dijo secamente Harry—. Es una fulana cara, una fulana de los Campos Elíseos, pero los dos venimos aquí porque nos gusta. Esto tiene ambiente.

—¿Justamente la habitación de Anne?

Harry arqueó una ceja.

—¿Qué habitación? —preguntó—. ¿La de Anne? En eso se

equivoca. Le han dado mal el número, Berthol.

—¿Sí? ¿Cuál es?

—La del lado. La ocho.

—De acuerdo. Siento mucho haberle estorbado a la mitad de su educativa distracción, Harry. Siga.

Y mientras se disponía a abrir la puerta, añadió:

—Adiós, sucio americano.

—Adiós, sucio libanés —susurró el joven.

El otro se volvió, de pronto.

Se había detenido en seco. En sus gordezuelos labios hubo un temblor de sorpresa y de irritación a la vez.

—¿Qué ha dicho? —susurró.

—Sucio libanés. Y conste que usted no me es antipático del todo, Gardival. Por eso le voy a dar una oportunidad.

De toda aquella frase, el hombre gordo sólo entendió lo del apellido. Con voz opaca susurró:

—¿Cómo me ha llamado?

—Gardival.

El millonario emitió una risita seca.

—Está borracho, Harry —masculló—. Eso es. Está tan borracho que se va a caer por la taza del retrete, en cuanto se descuide. Déjeme en paz. Sé perfectamente que mi nombre es Berthol.

—En efecto, hay un Berthol en París, un abogado chanchullero que gana plata larga. Pero no es usted.

—¿No?

—No. Ahora Berthol está en Niza, con su secretaria, disfrutando del dinero que usted le entregó por dejarle el despacho unos días y por permitirle usar su nombre, sin ninguna interferencia. Por eso no quería usted ver a personas que conocieran al verdadero Berthol, amigo Gardival. En este asunto de la sustitución ha gastado usted bastante plata, como la que ha venido gastando en todo este problema. Pero tiene el riñón bien forrado, y la plata no le importa.

El falso Berthol había palidecido. Mientras introducía las manos en los bolsillos de su bien cortado traje, musitó:

—¿Cómo adivinaste el cambiazo, cerdo americano? Yo lo tenía todo muy bien preparado, y ninguno de los empleados del despacho se fue de la lengua. Habían cobrado espléndidamente, por ser discretos. Entonces, ¿cómo es posible que...?

Harry sonrió, mientras daba un manotazo en las nalgas a la espléndida mujer. Luego preguntó:

—¿Me das fuego, cerdo libanes?

—¿Es que vas a fumar ahora...?

—No. Sólo quiero ver otra vez tu encendedor de oro macizo. El mismo con el que me diste fuego, la primera vez que estuve en tu despacho.

Los labios del falso Berthol temblaron otra vez, pero se rehízo en seguida. Una sonrisa suave, a la vez inteligente y malévola, asomó a su rostro.

—Ahora lo comprendo... —bisbiseó—. Este encendedor es... es...

—Sí. El mismo que el presidente Carter regaló, hace meses, a varios jeques del petróleo, que visitaron los Estados Unidos. Sólo hay media docena de ellos en el mundo, y tú, que pensaste en todo, no pensaste, sin embargo, que una joya así podía delatarte. No te diste cuenta de que lleva grabadas tus verdaderas iniciales. No pensaste, tampoco, que yo podía recordarlo.

Gardival avanzó hacia la cama, donde la espléndida mujer seguía quieta, mostrando su fascinante anatomía. Con palabras chirriantes, preguntó:

—¿Qué sabes, realmente, de todo esto, perro?

—Te he dicho que, en el fondo, no me caes mal del todo, Gardival, y que me gustaría darte una oportunidad. Pero para eso es necesario que te largues del país, que cambies de vida, y no me hagas más preguntas.

—Soy yo el que tiene la última palabra, Harry. Y quiero enterarme de todo lo que sabes, realmente, sobre esto.

—Sé lo suficiente, Gardival. Sé que eres uno de esos cerdos, forrados en oro, que poseen un fabuloso harén, en Oriente Medio. Has probado mujeres de todas las razas, de todas las edades, de todos los tipos. Creías, por tanto, estar vacunado contra todo sentimiento, pero hasta un tipo como tú puede enamorarse, alguna vez, de una mujer. Y a ti también te pasó eso, precisamente a ti, que las habías probado todas. Porque te enamoraste de Jenny River.

Gardival hizo una mueca, mientras introducía las manos en los bolsillos nuevamente. Luego gruñó:

—Sigue.

—A Jenny la conociste durante un viaje a París, y la trataste de una forma, bien distinta. Fuiste cortés con ella. E incluso sincero. Le pediste que viviera contigo, pese a la diferencia de edad. Le hablaste de tu fortuna y de tus medios de vida. Jenny era una chica decente, y no aceptó, pero tuvo la gentileza de escucharte con atención, e incluso de comprenderte un poco. Nunca te ofendió, nunca te despreció. Al contrario, te dio, incluso, un poco de cariño, aun no aceptando tu cama. Y tú comprendiste que era una mujer distinta de las otras, y eso te hizo enamorarte más aún. Soñabas con que quizá ella aceptara algún día.

—Sí —dijo el árabe secamente—, claro que soñaba en ese día. Y sé que ella hubiera terminado aceptando.

—Por eso te destrozó, lo que ocurrió poco más tarde —bisbiseó Harry—. Por eso te destrozó el que un mercader de carne humana, sin escrúpulos, como Proust, la raptara y la destrozara, en compañía de tres esbirros de poca monta. Tipos como Leone, como Kust, como Saccardi... Ninguno de ellos llegó a sospechar que acababa de provocar el odio asiático, e inextinguible, el odio salvaje de uno de los hombres más poderosos de todo el mundo.

Emitió una leve risita y continuó:

—Cierto. Gardival... Con dinero, todo se consigue. Hasta disponer de un helicóptero perfectamente falseado, como los que usa la policía de Roma. Hasta tener pirañas frescas y hambrientas. Hasta pagar a presos y a carceleros para que quemen vivo a un recluso. Hasta meter serpientes en el distinguido año de Proust. Incluso hacer un hombre pedazos contra la torre Eiffel... Todo eso has conseguido, Gardival, con tu dinero y con tu odio. Tu venganza ha sido una de las más sangrientas, de las más crueles del mundo, y yo no te lo reprocho, porque aquellos tipos no merecían vivir. Pero tampoco las cosas van a quedar así, Gardival. Eres un puerco asesino, y tienes que pagar. Eres un buitres que ha destrozado las vidas de muchas mujeres. Fingiste ser Berthol porque sabías que yo iba a entrar en tu órbita, y te ayudaría a encontrar a Kust, que era el que aún tenía que morir. Muy bien, Gardival... Olvidemos eso. Pero licencia a todas tus prisioneras, y devuélvelas a Europa, con el suficiente dinero para seguir viviendo. Olvídate de tus cochinas maniobras sexuales. Conviértete en un hombre normal, si es que aún eres capaz de serlo. Es tu última oportunidad, cerdo libanés. No

volverás a tener otra.

Harry había hablado con sinceridad, con firmeza, con una voz que no admitía dudas, acerca de sus verdaderos sentimientos. Pero la risita del otro le indicó que no iba a progresar por allí. Que había tropezado con una muralla de piedra.

—Quizá podría pensarlo, perro americano —dijo Gardival—, pero hay algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar: la hermana gemela de Jenny. Ya que tú me has dado su pista, ya que sé que está aquí, no me iré sin ella. Aunque me la tenga que llevar a rastras, ella entrará en mi harén. Y ahora lo siento por ti, Harry. No creas que he venido, solo, a este cochino hotel. Reza y después revienta.

Sacó instantáneamente la derecha de su bolsillo, donde había una pistola, pero eso no fue todo. Inmediatamente, la puerta se abrió. Dos hombres armados con rifles cortos, de cañón recortado, empujaron la hoja de madera e irrumpieron en la habitación.

No preguntaron nada.

Sabían lo que tenían que hacer.

No les importaba destrozar, allí mismo, a una mujer inocente.

Se echaron las armas a la cara.

Pero ninguno de ellos esperaba lo que sucedió. Ninguno de ellos esperaba aquel infierno.

CAPÍTULO IX

LA HABITACIÓN DE LA ETERNIDAD

Ni Gardival ni nadie se había dado cuenta de que la preciosa hembra que estaba en la cama, se movía perezosamente y metía las dos manos debajo de la almohada. Ninguno de ellos supo ver que aquella mujer tenía una mirada dura, fija, implacable, una mirada casi dañina.

Fue ella la que disparó primero.

Tenía nada menos que dos revólveres debajo de la almohada.

Harry también se movió instantáneamente.

La pistola chata que estaba escondida en su manga, saltó al aire, de pronto, como una carta falsa.

Los dos abrieron fuego a la vez. Trazaron, delante de sus ojos, una auténtica cortina de fuego.

Y ni Gardival ni sus asesinos tuvieron tiempo de apretar los gatillos. De pronto, se retorcieron, mientras lanzaban aullidos de dolor. Sus cuerpos parecieron partirse por la mitad, cuando a ellos llegó la nube de plomo.

Gardival se estrelló contra la pared.

Soltó el arma que ya tenía en la derecha.

Y se dio cuenta entonces de que, en efecto, había perdido su última oportunidad. Harry ya le había dicho que no se repetiría.

Mientras lanzaba una bocanada de sangre, giró sobre sus tacones.

Sus ojos empezaban a estar vidriosos, pero aún palpitaba en ellos una llamita. Comprendió que aún tendría fuerzas para llegar a la habitación del lado.

Para abrir...

Como un sonámbulo, llegó a la habitación número ocho.

Empujó la puerta.

Y entonces su boca se acabó de torcer, en una sonrisa a la vez inteligente y malévola, mientras decía, sin apenas voz:

—Buen truco, cerdo americano.

Porque la habitación estaba vacía.

La cama aparecía intacta.

Y en ella, el mismo retrato que había visto abajo, pero ahora de cuerpo entero y puesto sobre la almohada. Por el vestido, la reconoció. Era la propia Jenny. Su cuerpo, además, resultaba inconfundible.

—Buen truco... —balbució—. La hermana gemela no existía.

Y se derrumbó en aquella cama.

Con los ojos muy abiertos.

Con las manos tendidas hacia el vacío.

Harry musitó entonces, en la habitación del lado:

—Me ha sido muy útil tu urgente llegada desde El Cairo, jefe. Y ahora, vístete. Aunque el de abajo sea nuestro cómplice, hemos de darnos el piro.

—No me vuelvas a llamar jefe —gruñó ella—. Ya te lo he dicho más de una vez.

Harry le dio un manotazo en una sólida parte, que él conocía perfectamente bien, mientras susurraba:

—No, jefe, nunca más.

Y le faltó poco para salir por la ventana.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

